

LA ILUSTRACIÓN ASTURIANA

PROPIETARIO Y
DIRECTOR.
EDMUNDO DIAZ DEL RIEGO SAN ESTEBAN DE PRAVIA

Publica DOCE CUADERNOS de diez y seis páginas al año.

Historia.—Monumentos.—Bellezas.—Costumbres.—Recuerdos.—Tradiciones.—Bable.—Asturianos de ayer.
—Asturianos de hoy.—Asturianos en América.—Asturianos en Madrid.—Agricultura.—
Industria.—Comercio.—Instrucción pública, etc.

SUMARIO

TEXTO: *Asturianos ilustres*, por Roque.—*El Cristo de Rosina*, por Edmundo Diaz.—*Artistas asturianos*.—*Poetas asturianos*, por Amancio Diaz.—*Juan Bances*, por Roque.—*¡Mal año pal pecao!* (poesía en bable) por Pepín Quevedo.—*Dos hijos* (cuento), copia del libro que acaba de publicar D. José del Castillo y Soriano.—*La Gaita Asturiana* (poesía), por Salvador Rueda.—*El Castillo de San Martín* (cuento), por Antonio Arango.—*El Bable*, (poesía) por Bernardo Acebedo.—*Obispos Asturianos*.—*El Cristo de Candás*, (leyenda) por Juan Menéndez Pidal.—*Pensamientos*.—*Asturias Industrial*.—*Bodas*.—*Necrología*.

GRABADOS: Mercado en Cangas de Tineo.—Iglesia del Valle (Pravia).—Caricatura de D. Fermín Canella.—Estación del Puerto Pajares.—Paradero y paisaje del Puerto Pajares.—D. Benjamin Orbón.—D. José Benigno García.—D. Juan Bances.—Una asturiana.—Ferrocarril de Langreo y plano inclinado de San Pedro.—Faro de Candás.—Portada del Palacio de Valdecárcana.—Rincones de Gijón, Torre de la Cárcel.—Ilustrísimo Sr. D. Valeriano Menéndez, Obispo de Tuy.—Un rincón de Santarúa (Candás).—Subida y paisaje al Puerto Pajares.—Fábrica de Cervezas de Oviedo (Colloto).

ASTURIAS PINTORESCA



Mercado en Cangas de Tineo

ASTURIANOS ILUSTRES

Don Fermín Canella

CRONISTA de Oviedo, Vicerector de la Universidad, Académico, etcétera, etc.

¡Dios mío la tinta que ha consumido este hombre!

Sus obras son numerosísimas. Su labor es incomensurable.

Creo que nació escribiendo y sospecho que morirá con las cuartillas en la mano.

La mayor parte de sus obras y de sus ímprobos trabajos periodísticos están dedicados á la *tierruca*.

Asturias es el amor de sus amores.

La historia de su grandeza le entusiasma.

Sus costumbres patriarcales le llenan de plácido encanto.

Ante sus monumentos formula su espíritu investigador eruditas expresiones de admiración sincera.

Las leyes de otros tiempos son para él eslabones muy dignos de estudio y veneración, que enlazan el pasado con el presente.

El dulce dialecto provincial llena sus oídos de embriagadoras armonías.....

Y, sin embargo, Canella no es un regionalista, ni puede serlo, por ser asturiano.

Ningún descendiente de los que restauraron la patria puede nunca pensar en destruirla.

El regionalismo, en el sentido maldito que hoy tiene esta palabra, es desconocido en Asturias.

Canella ama la región, como parte integrante de la patria.

En este sentido anhela que Asturias sea el florón de España.

Ama á Asturias, porque ama á la patria.

Tampoco Canella es un espíritu refractario á las modernas conquistas del progreso.

Todo menos eso. Es un creyente de la evolución progresiva; y como él dice:

«No están reñidos ¡que han de estarlo! los cambios de estos tiempos, las conquis-

tas modernas, la nueva vida con el amor santo á la *tierruca*; antes por lo contrario, con el verdadero progreso, ley ineludible de la vida, viene la mejora con el encanto y bienestar que produce, complaciéndose el alma en venturosas transformaciones del país natal, que no borran lo característico, peculiar y tradicional.»

Esto último, lo característico, lo tradicional, es lo que él siente que desaparezca, y lo que desearía perpetuar en la nueva Asturias, transformada por el trabajo.

Pero sabe que *los dioses se van*.

Está convencido de que el pantalón corto y la montera picona pasarán muy pronto á la historia.

No ignora que á la fábula de Alfonso X conservada entre las montañas asturianas durante muchos siglos le ocurre hoy, con los modernos medios de comunicación, lo que al tranquilo lago que roto su seno por los esfuerzos del trabajo, deja que sus aguas escapen veloces por el abierto canal á confundirse con las del mar ó río más cercanos.

El dialecto en que florecieron Mariguera, Baldivares, Caveda, Cuesta y tantos otros, hoy se diluye con celeridad en el castellano.

Tal vez *Pepín Quevedo*, Acebal, Acevedo y Huelves, *Marcos del Torniello*, *Nolón*, y algunos más sean los últimos trovadores en bable.

Su acento, su dulce cadencia, que tanta gracia tiene en cultos labios femeniles, especialmente, se perderán muy pronto para siempre, como se perdieron los de el latín y griego, sus progenitores.

A su vez, el castellano será absorbido por los demás idiomas europeos, entre los que se advierten frecuentísimos cambios de palabras, que hacen presagiar en un período de tiempo más ó ménos largo, una fusión completa de la que indudablemente resultará el idioma universal.

Yo así lo creo. Las influencias climatológicas obrando incesantemente y con diversa intensidad, en los diferentes puntos de la tierra, sobre gentes eminentemente estacionarias, produjeron en el transcurso de los siglos, marcadísimas diferencias orgánicas, que engendraron todas las diferencias de razas y de lenguajes conocidos en el día; pero la movilidad constante en que ahora se vive impide que los agentes naturales puedan fijar su sello característico, haciendo uniforme la acción de aquéllos para todos los habitantes del planeta, entre los que, como consecuencia natural, irán desapareciendo todas las diferencias orgánicas.

La fusión de las razas y de los idiomas es inminente.

El día en que estos ideales se realicen será venturoso para los estudiantes españoles, que no tendrán que aprender el alemán...

Para muchos estas cosas serán sueños ó quimeras, pero nadie puede negar que leyes, usos y costumbres se transforman ra-



PRAVIA.-Iglesia del Valle

dicalmente; y que los momentos actuales son eminentemente revolucionarios á impulsos de las asombrosas conquistas de la ciencia.

Comprendiéndolo así Canella, ha querido anudar lo pasado con lo futuro, erigiendo, en unión del Dr. Bellmunt, á la provincia un monumento hermosísimo, donde podrán ver las generaciones venideras lo

que era Asturias en los albores del siglo XX.

Asturias perpetuará el nombre de Canella y su memoria será bendita por cuantos, detrás de nosotros, amen estas peñas y estos valles que guardan tradicionales recuerdos de las grandezas de la patria.

En esa obra como en todas las publicadas por Canella, se admiran, al par que su laboriosidad incansable, los vastísimos conocimientos que atesora en todos los ramos del saber.

Canella es un enciclopedista. Todas las ciencias y artes le son familiares; y como ha escrito tanto ha sido uno de los que más han contribuído á difundir la cultura en Asturias.

En este sentido, la provincia le debe señaladísimos servicios.

Gracias á él empiezan á ser estimados los monumentos y las riquezas artísticas entre nosotros.

Y si hubiera media docena de propagandistas como él no veríamos las hermosas ventanas bizantinas tapiadas por la cal; ni los airosos encintados góticos cubiertos de almagre; ni las efigies de San José adornadas con corbata blanca ó las imágenes de la Virgen ataviadas con corsé y sombrero con plumas; ni ninguna de las impiedades artísticas que todovía son el pan nuestro de cada día por estas tierras.

A Canella se le deben importantísimas investigaciones históricas en casi todos los puntos de la provincia que cual nadie conoce, realizadas con motivo del hallazgo de algunas piedras con inscripciones; de algún objeto de arte, moneda, medalla ó cualquier resto de pasadas edades.

En estos asuntos y en general en todo cuanto afecta á la cultura provincial es una autoridad indiscutible; y su consejo es siempre solicitado por propios y extraños.

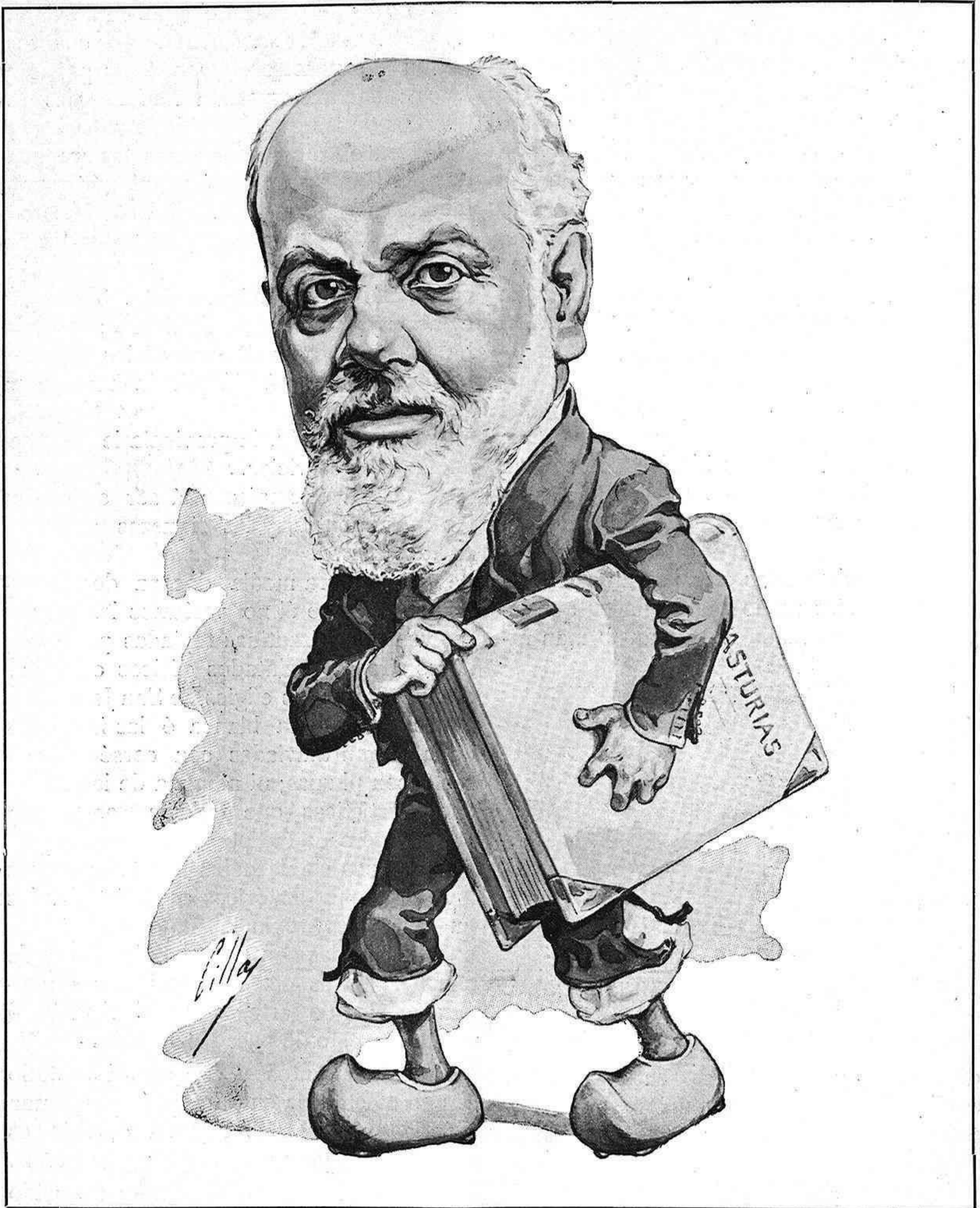
Fuera de la provincia es muy conocido y respetado.

En Asturias se le quiere de verdad.

ROQUE



NUESTROS HOMBRES



Don Fermín Canella

Distinguido publicista,
Catedrático afamado
y laborioso cronista
de este noble Principado.



En nuestra provincia hermosa,
del uno al otro confín,
jamás ha pasado cosa
que no sepa don Fermín.

El Cristo de Rosina

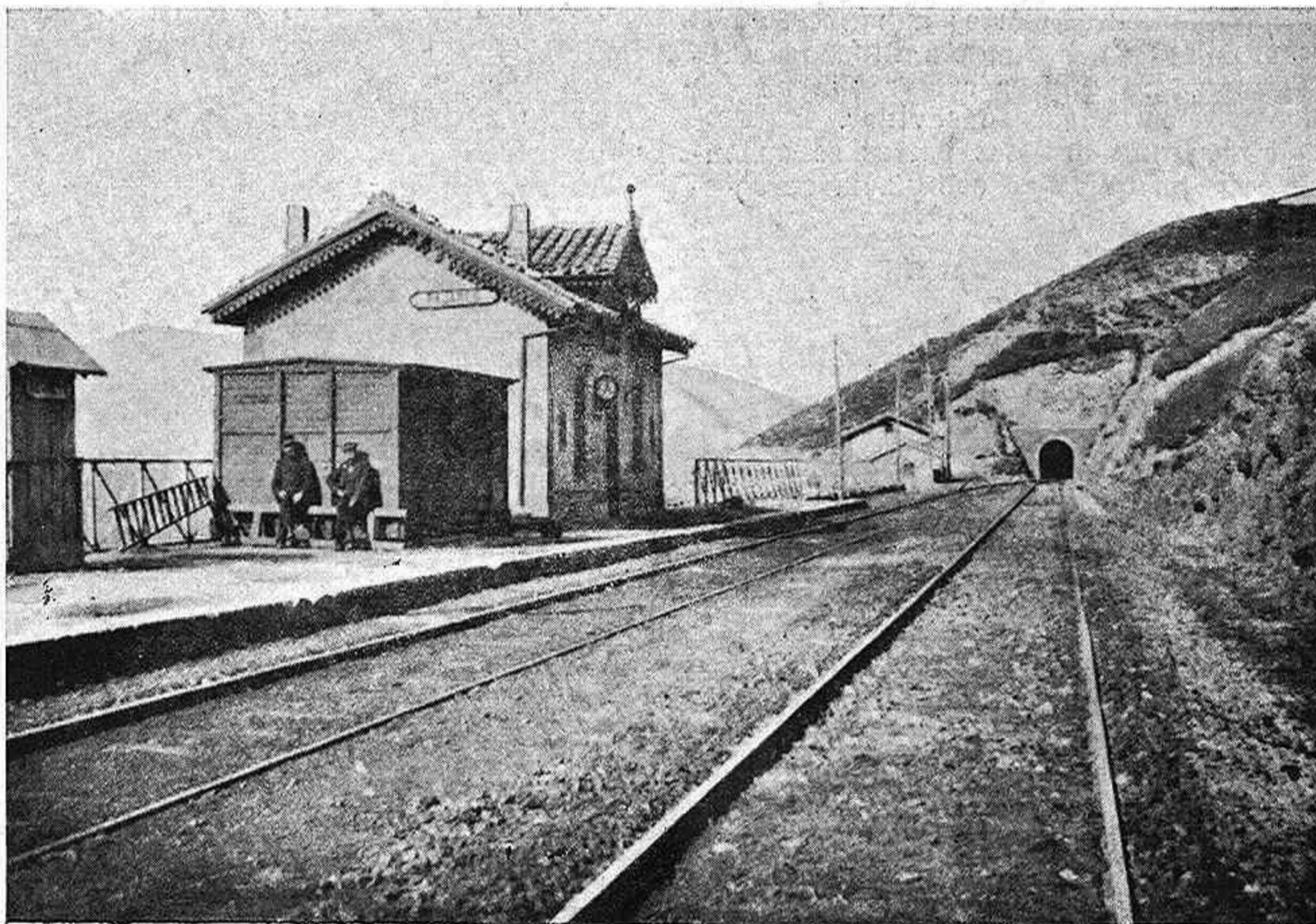
II

(CONTINUACIÓN)

FRANCISCO cumplió lo prometido. Lo primero que hizo en cuanto llegó á la Habana, fué escribir á sus padres.... y á su Rosina. La carta que dirigió á la novia, era desde la fecha á la firma un grito de dolor capaz de ablandar el corazón más acerado. El pobre muchacho había tenido un viaje muy penoso, no porque se marease ni porque le repugnase el rancho; había sido muy penoso el viaje, porque se iba separando de la mujer que amaba; y á la que sólo Dios sabía si volvería á ver alguna vez.

A los pocos días de llegar Francisco á la Habana, salió de operaciones el Regimiento á que aquél pertenecía y allá fué el pobre muchacho con el fusil al hombro, la mochila á la espalda, el machete á la cintura.... y en la mente el recuerdo de aquella *nena* á quien tanto quería, y cuyas cartas esperaba con ansia.

No he de hablar aquí del tiempo que el tal Regimiento estuvo en la manigua, ni de las penalidades que sufrió, ni de las victorias que obtuvo. Sólo he de hacer constar que Francisco, después de pasar muchos días sin comer apenas, caminando á marchas forzadas leguas y más leguas, ora empapado en agua que caía torrencialmente y que hacía tiritar de frío, ora bajo un sol ardoroso, cuyos rayos pinchaban como agujas, se sintió malo, muy malo, y el médico, después de agotar inútilmente los remedios de que se dispone en el campo, ordenó que en unión de otros quince ó veinte soldados enfermos de disentería, de



Estación del Puerto Pajares

Muchos soldados reían, cantaban, tocaban guitarras, armaban algazaras, como si fueran á una romería; pero él huía del bullicio, sentábase en un rincón y allí se estaba horas y horas, pensando en su rapaza, suspirando, enjugando con la manga de la chaqueta las lágrimas que asomaban á los ojos. Algunos compañeros pasaban junto á Francisco y le dirigían cuchufletas, creyéndole un cobarde á quien horrorizaba pensar que iba á pelear con los mambises; mas él despreciaba aquellas guasas, encogía los hombros, bajaba la vista.... y seguía pensando en su Rosina. Las noches pasábalas peor cien veces que los días; dormía poco, y.... ¡tenía unas pesadillas!.... Una vez soñó que su novia le había olvidado, que al fin se casaba con D. Rudesindo y que él llegaba á la iglesia de Quinzanas en el momento que se celebraba la ceremonia. Cuando el cura iba á bendecir la unión, dió Francisco un grito.... y le despertaron las protestas de algunos pasajeros, á quienes el cuchillo había arrancado de los brazos de Morfeo. Todo esto lo expresaba Francisco á su manera en una carta muy borrosa, sobre la cual habían caído tantas lágrimas como tinta.

paludismo, de tuberculosis, fuese enviado al Hospital de Remedios, villa que distaba pocas leguas del sitio donde acampaba la columna.

Nadie hubiese reconocido el robusto hijo del madreño en el soldado anémico que ingresó en el Hospital. Había perdido las carnes, el color y la energía, y no era más que un esqueleto viviente, cubierto con piel amarillenta, de rostro anguloso y ojos hundidos y vidriosos que miraban vagamente, como miran los moribundos, con esa frialdad que infunde miedo.

Cuando por la noche giró visita el médico del Hospital, reconoció á Francisco, auscultóle con detención y separóse del lecho moviendo la cabeza como si quisiera decir á alguien que nada podía hacer la ciencia.

Media hora después el cura del establecimiento, un buen señor, asturiano también, que era cariñoso como un padre para todos los enfermos, prestaba á Francisco los auxilios de nuestra Santa Religión. Las hermanitas de la caridad y los enfermos que arrodillados á unos diez metros presenciaban, rezando, la conmovedora ceremonia, vieron que al terminarse ésta, Francisco entregó un objeto al sacerdote, y oyeron que éste decía aproximando sus labios al oído

del enfermo: «Yo te prometo, hijo mío, que llegará á sus manos.»

Luego abrió Francisco los ojos desmesuradamente, clavó la mirada en el cura y sus labios secos por la fiebre, moviéronse torpemente para pronunciar palabras incoherentes: «Madre.... Rosina.... si quiero.... es mia....»

Y en seguida, sin hacer otro movimiento que el de un pájaro que aterido por el frío oculta bajo el ala la cabeza, dobló Francisco la suya sobre el pecho y entregó su alma al Creador.

III

Rosina no había recibido las cartas de Francisco porque la madre de aquélla, de acuerdo según públicos rumores con el peatón que llevaba desde Pravia al Pueblo la correspondencia, las hacía desaparecer sin que llegasen á manos de la muchacha. Esta estuvo al principio triste, y desmejoróse mucho, pero Marica, muy entendida en curar ciertos achaques, apresuróse á distraer á la chica, llevándola á todas las romerías, ferias y mercados que se celebraban en los pueblos limítrofes y en las cercanas villas.

Daba la casualidad que en todas partes se encontraban á D. Rudesindo, quien se complacía en obsequiar á la esposa y á la hija de Juanón convidándolas á comer en la fonda, comprándolas los más exquisitos dulces que se presentaban en los escaparates de las confiterías, pagándolas el coche para volver al pueblo y hasta el real de la barquería.

El *pretendiente* acompañaba á madre y á hija hasta su misma casa y en ella era forzoso que descansara siempre un largo rato, conversando con aquélla familia que se esforzaba en corresponder debidamente á las muchas atenciones que del ricacho recibía.

No despreciaba Marica cuantas ocasiones se le presentaban de manifestar á su hija el error que cometía despreciando «tan buena proporción.»

Lo que más mortificaba á la madre de Rosina, era que mientras ésta seguía suspirando por el hijo del madreño, y desairando á D. Rudesindo, había en el pueblo quien se desvivía por atraparle. ¿Quién no sabía que doña Laureana, una señora viuda muy diplomática y muy entampeada, bebía los vientos por enganchar á don Rudesindo con su hija Anacleta, señorita de Figurín, flaca como una galga y larga como una anguila.

—¿Quién aguantará á esa lombriz, gritaba Marica, si se llega á casar con D. Rudesindo? Y se casará, se casará, porque entre ella y la muy bruja de la madre, que tiene más letra menuda que un escribano, lo engañan como á una criatura. Y pensar que esas tunas

andan diciendo que es Anacleta á quien quiere don Rudesindo y que á mí hija nunca le dijo nada!....»

Estas y otras pláticas, á diario repetidas, fueron influyendo en el ánimo y en el corazón de Rosina de tal suerte, que la indómita gacela.... Pero ¿á qué andar con rodeos? Después de todo nadie ha de asustarse por saber que una mujer quebrantó el juramento de amor. Rosina, la candorosa muchacha que lloró amargamente la ausencia de su Quico y que detestaba al americano ridículo, «que gruñía como un cerdo,» cambió al fin de parecer.

Francisco era en verdad un buen muchacho y la quería de veras, pero era forzoso convencerse de que no tenía oficio ni beneficio, que su familia estaba en la miseria y que á la corta ó á la larga habrían de vivir todos á costa de las rentas de Juanón.

D. Rudesindo era «un señor de mundo» que sabría colocar á su esposa á la altura que su esposición lo permitía, y su posición... ¡era tan brillante!.... Como tener no le tenía cariño á D. Rudesindo, pero se lo iría tomando poco á poco y llegaría á ser feliz en su compañía.

En fin y para terminar «todo *aquello* había sido una chiquillada.»

Ahora, pensando como piensan las mujeres, estaba



Paradero y paisaje del Puerto Pajares.

dispuesta á echar un velo sobre el pasado y á dar *las manos* á D. Rudesindo.

De este modo sería la principal señora de la parroquia... ¡y rabiaría Anacleta y doña Laureana!

Marica, Juanón y D. Rudesindo sintieron especial alegría al enterarse de la resolución de la muchacha.

La primera, ocupóse durante algunas semanas en preparar el ajuar para la novia. Las mejores modistas de Oviedo se encargarán de la ropa blanca, para que resultase un equipo tan bueno como el que pudiese llevar una condesa.

El novio dedicóse á arreglar *los papeles*, y á disponer las cosas de modo que la boda resultase más lucida aún que la de cierto diputado provincial que se casara hacía meses y había metido mucho ruido.

Y á fé que consiguió don Rudesindo lo que se proponía.

A la boda celebrada á principios del pasado otoño, asistieron todas las personas distinguidas del pueblo y muchas forasteras.

La numerosa comitiva fué desde la iglesia á la casa de Juanón donde se sirvió una comida espléndida; superior á todas ponderaciones.

Presidía la mesa el Sr. Cura y enfrente de éste estaban los novios, siendo el blanco de los chistes que el vino hacía brotar de los labios de todos los comensales.

Rosina, que al decir de cierto chusco, parecía al lado de don Rudesindo una paloma bajo el pico del gavilán, hacía caso omiso de cuanto pasaba en la mesa y charlaba en voz baja con su esposo... ¡para convencer á todos de que estaba enamorada!

Y el esposo, realmente embelesado, miraba á su cara mitad con esos ojillos picarescos con que miran las onzas los usureros.

En un ángulo de la sala donde se servía la comida, había una mesa conteniendo los regalos que Rosina había recibido de las amigas.

Las mujeres, curiosas porque lo heredaron de Eva,

habían revuelto aquellos objetos enterándose de la procedencia de cada uno..... y echaron de menos el regalo de Luisa, una amiga íntima de Rosina que vivía en Malleza, y que no había asistido á la boda porque tenía enferma á no se qué persona de la familia.

Cuando todas querían averiguar el motivo porque Luisa no había enviado su regalo, apareció en la puerta de la sala Laura, la mocetona de Cornellana, que ayudaba á Juanón en las faenas del campo, trayendo en la mano un paquete que un hombre desconocido le acababa de entregar abajo, en la cocina.

—El regalo de Luisa!—Gritaron 10 ó 12 mujeres, y rodearon á la novia ansiosas de ver el objeto que venía envuelto en un grueso papel y atado con una cinta roja, color sangre.

Rosina, con más afán que nadie, de ver aquel objeto, tomó en sus manos el paquete, cortó la cinta con un cuchillo, desdobló el papel, dió un grito que asustó á todos los convidados, llevó las manos á los ojos.... y dejó caer sobre la mesa el crucifijo que le había entregado á Quico en el momento de despedirse y que ella había citado como testigo de un juramento que acababa de quebrantar.

EDMUNDO DÍAZ

Artistas Asturianos

Don Benjamín Orbón

BONRAMOS esta página con el retrato del famoso pianista avilesino, que después de hacerse aplaudir en



Madrid y en varias otras importantes ciudades españolas, ha emprendido una excursión por el extranjero.

En la actualidad se halla en América, y á juzgar por lo que dice la prensa del otro mundo, regresará á la patria con muchos laureles..... y mucho dinero.

Poetas Asturianos

Don José Benigno García

MARCOS DEL TORNIELLO es hoy, sin disputa, uno de nuestros primeros poetas regionales.



Nadie pinta las bellezas de nuestra tierra y las costumbres, preocupaciones y marrullerías de nuestros aldeanos, ni es posible dar más perfecto dibujo ni más exacto colorido á las escenas campesinas que suele ofrecernos la diestra pluma del vate avilesino.

Porque, no hay que darle vueltas, él for-



ma con *Pepín Quevedo* y Acevedo y Huelves el triunvirato de *elegidos* entre la pléyade cultivadora de la dulce *fabla* que hizo inmortales los nombres de Caveda y de Teodoro Cuesta.

No conozco á *Marcos del Torniello* más que para servirle; creo que jamás he cruzado con él la palabra, pero me es simpático, porque veo á través de sus escritos un hombre de verdadero mérito, corazón de oro, donde se desborda el sentimiento al hablar de sus discípulos muertos, un carácter observador, y, sobre todo una delicada fantasía, que es cosa rara en esta época de positivismo y de prosa. Me agradan sus versos, porque son fluidos, porque son naturalmente armoniosos, sin esa complicación ampulosa, que los hace sonoros á fuerza de retruécanos y de adjetivos, de que tanto se abusa en el *bable*, que es por desdicha donde se refugian muchas nulidades buscando en la *ductilidad*, de su fraseología defensa contra las exigencias de la rima y del metro.

Las poesías de *Marcos del Torniello* suelen ser sencillas, como hijas del bardo popular, que debe reflejar en sus estrofas anhelos é ilusiones del pueblo; están impregnadas del sano perfume que orea los campos de nuestra provincia y son alegres ó tristes, según que pulse el poeta las cuerdas de la risa ó las del sentimiento.

Muchas de sus producciones son perfectos cuadros de costumbres asturianas.

Yo he leído con deleite un precioso romance publicado hace poco más de un año en una revista que entonces se editaba en Avilés.

No recuerdo cómo se titulaba aquel romance, pero pudiera muy bien llamarse *La Romería*, y en él evoca el poeta con cariño recuerdos juveniles, describe con maestría y donaire la *danza prima*, reminiscencia de una raza guerrera, pinta la típica indumentaria que usaban hace media docena de lustros los labradores de Asturias, canta la gallardía de los mozos de entonces, que dirimían á moquetes y garrotazos sus contiendas, casi siempre suscitadas por motivos de amores, y lamenta la perniciosa altera-

ción de las costumbres, que trajo el imperio de la navaja como único medio de arreglar las cuestiones que se provocan en el juego y en la taberna, gracias á la eferescencia alcohólica.

Marcos del Torniello no cultiva únicamente el *bable*; escribe, bien, en castellano; pero á su musa lozana y fresca no le place apartarse mucho «d' isti ricu xardín, suelo asturianu» como escribió Teodoro, y si algunas veces se aventura á cantar algo que no sea de Asturias y en el lenguaje que no sea precisamente el *nuestro*, torna pronto á la quintana, que es donde vive más á gusto.

Es un enamorado de la *patria chica*
«á la que quier de veres, como madre
que ye la probitina, y ta mui vieya.»
según nos dice él mismo.

A veces no se comprende cómo puede estar tan minuciosamente enterado de ciertos pormenores de la vida en la aldea, y pasma que posea tan á la perfección el dialecto con todos sus giros caprichosos y toda su riqueza de refranes y de sentencias. Un íntimo del poeta, me dió la clave del enigma. *Marcos del Torniello* sabe todo eso, porque antes de ser poeta..... fué aldeano. Sí, fué también aldeano, hasta los veintiún años, hasta que empujado por un noble deseo de ilustración, dejó el pueblo, marchó á la villa, y allí en poco tiempo, sin más medios de vida que el exiguo producto de su trabajo, con una aplicación ejemplarísima, con una voluntad muy firme por único apayo logró hacerse bachiller... y no se hizo abogado porque las imperiosas exigencias de la lucha por la vida, le obligaron á abandonar la carrera, próxima ya á terminarse.

Hoy se dedica en Avilés á la enseñanza y cuenta con muchos discípulos y muchas simpatías.

La Diputación Provincial acordó costear la impresión de un libro de poesías de nuestro poeta. Ya está en prensa.

Y ya está media provincia con ojo alerta mirando cuándo se lanza á la calle para comprarlo.

AMANCIO DÍAZ.



Don Juan Bances y Menéndez Conde

SE hizo popular en el periodismo asturiano con el seudónimo de *Pepe García*.

Fundó *El Nalón* en Pravia y en él se dió á conocer como estilista brillante y escritor siempre ameno, diestrísimo en adobar los asuntos más indigestos con agradable y picante salsa.

Sus escritos son siempre interesantes y leyéndolos la risa involuntariamente asoma á los labios del lector, que se siente sugestionado por la belleza de la forma y las gallardías de la expresión.

El aticismo y la elegancia son cualidades innatas en *Pepe García* y estoy muy seguro de que si él escribiera *Diccionario del Albañil* ó la *Guía de Ferrocarriles*, tendrían muchísima gracia.

En los diarios de Oviedo escribió mucho.

Bances y sus artículos eran leídos y solicitados con gran interés.

Sin embargo, en Asturias, no hizo carrera.

Sus ideas políticas, esencialmente democráticas, su independencia y su recto y firme criterio que no se podía avenir con injusticias ni tropelías, le distanciaron de los hombres que en aquella época y en alas de innobles ambiciones, convirtieron la provincia en un campo de Agramante donde no se respetaban vidas, honras ni haciendas, y no quiso recibir mercedes que él consideraba como afrentas.

Si hubiera querido *entrar por el oro*, hace muchos años que hubiera sido uno de los prohombres de la provincia como lo han sido y lo son otros muchos con menos méritos, pero con más estómago que él.

No pudiendo Bances avenirse con el caciquismo marchó á Madrid y allí practicó la abogacía al lado del insigne Pedregal.

En la Corte cultivó también sus aficiones periodísticas encargándose durante algún tiempo de la *Crónica de Tribunales* en *La Correspondencia de España*.

Desde Madrid siguió mandando artículos á los periódicos provinciales, en los que siempre resplandecía el más puro anhelo por el progreso de Asturias.

A la muerte de Pedregal, abrió Bances bufete en el que conquistó en muy poco tiempo brillantísima reputación.

Cuando las vacaciones del estío le dejaban algunos días desocupado volvía presuroso á Pravia,

como la golondrina vuelve á su nido abandonado, y allí pasaba días felicísimos en las intimidades de la familia y de la amistad.

Pravia es, para Bances, mucho mejor que el decantado Paraiso.

El cielo de Pravia es el más hermoso del mundo.

Sus mujeres son como su cielo.

Su río es el Jordán de Asturias.

La praviania es el canto de los ángeles. Y hasta el pan y el vino de Pravia no tienen rival en el mundo.

Pravia es siempre la obsesión de Bances, quien hablando y escribiendo es y será siempre su más ardiente panegirista.

En nuestras frecuentes reuniones, á las que asistía siempre el querido director de esta revista; ¡cuántos ferrocarriles hemos trazado para Pravia, cuántas fábricas hemos levantado, á cuántas industrias hemos dado vida, tras de alegres meriendas en las hermosas orillas del Nalón!

En cierta ocasión y á fin de que los correligionarios pudieran contarse presentó Bances su candidatura (mejor dicho, sus

amigos la presentaron) para la de diputado á Cortes.

Obtuvo muy honrosa votación y la hubiera tenido muchísimo mayor y acaso triunfado, si hubiera admitido el apoyo de los conservadores, que le brindaron con insistencia.

Tal proceder es digno de un hombre sincero y de un político honrado.

Asuntos de familia llevaron á Bances, hará dos años, á la capital de Cuba.

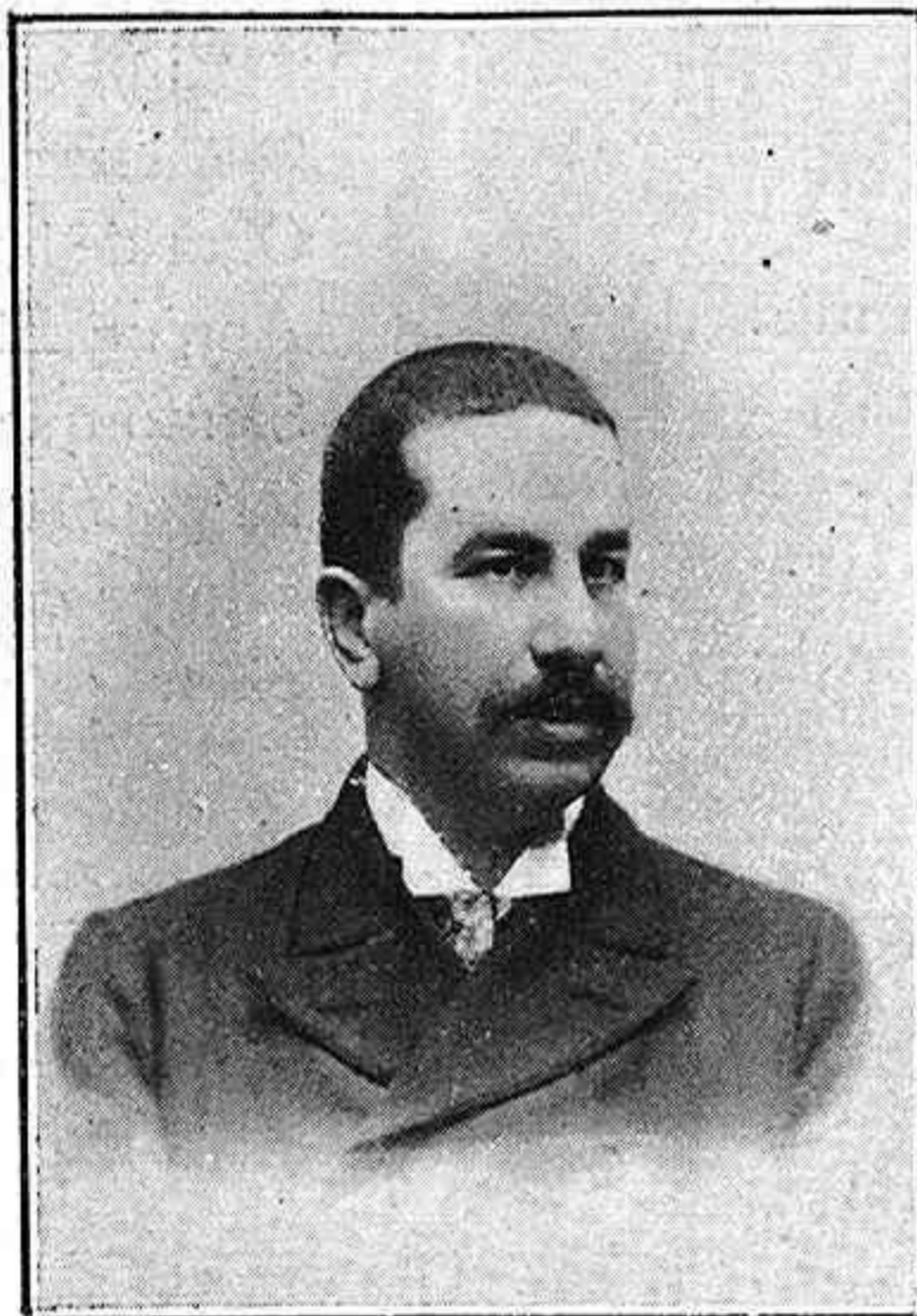
Allí ha constituido sociedad bancaria con su señor tío D. Juan, dedicado hace muchos años al mismo negocio; y es de suponer que la gran experiencia del uno unidas á las grandes iniciativas y excepcionales dotes del otro, resultarán sumamente beneficiosas para la sociedad.

En la capital de las Antillas, como en todas partes, Juan Bances será querido y respetado de todos, por las bondades de su carácter, por su talento y sus grandes virtudes.

Nuestros paisanos residentes en aquella capital han hecho ya justicia á sus grandes merecimientos, confiriéndole la presidencia del «Centro de Asturianos.»

Nadie más digno que Bances para llevar la representación del Principado en Cuba.

Nuestra más cordial enhorabuena á todos los



españoles residentes en la Habana, (pues el «Centro Asturiano» es verdaderamente peninsular) y á su digno presidente.

Este rodeado hoy de comodidades y gozando grandes y debidas consideraciones, debe sentir, sin embargo, una pena grandísima.

La de no haber visto entrar en Pravia la primera locomotora.

ROQUE.

¡MAL AÑO PAL PECAL!

E'na villa d'Infiesto vi una cosa
Que dexóme plasmao, mialma la mia!
Pos ye tan guapa y tan defecurtosa,
Que nin el mesmo díaño la faría.
Vieno con ella de Villaviciosa
Un homín de gran cencia y picardía;
Enséñala á dos riales per cabeza,
Y denguno pa vela tien pereza.

La cosa ye una caxa encharolada,
Nin grande, nin pequeña, medianera,
Está toda alrededor afuracada,
Y enllena de rodaxes per uquiera:
Aquella maquinaria, bien mirada,
Ya dexa pensatible á cualesquiera;
Pero el caso ye ver cómo rebulle,
Faciendo que la xente s'aturulle.

En cada furaquín del istrumento
Va poniendo el hombrín unos cañutos
Pa que, cuando por ellos cuerra el viento,
Sirvan á les oreyes de conductos;
Homes ví que metíen, ya sin tento
Los tubos pel piscuezo, seríen brutos?
Nel sen una mozuca los metía,
Y cuntaba que mucho bien oía.

Enriba d'una mesa q'atapada
Por una colcha tá llena de flores,
Asiéntase la máquina encantada,
El milagro mayor de los mayores.
Estando ya la xente preparada,
Y cadún co los tubos conductores,
El home forastero, que ye gafo,
La máquina echa á andar pol telegrafo.

Aquel gran arañón q'eso asemeya,
Entama á dar gufíos como'l viento;
Cadún mete un pitón por cada oreya,
Dimpiés escucha con oído atento:
Oise al pronto una voz como de vieya

Neta y clara surtir del istrumentu;
A dalguno les pates s'aformiguen,
Y más de cuatro pelos se respiguen.

Cantó la vieya una cancion hermosa,
Teniendo pe la voz, cosa muy fina;
Otra voz, entre rises, afanosa,
Canta y en el cantar muncho entañina;
Dimpués tocó una música preciosa,
De gran istrumental, tan pelegrina,
Q'alcé la colcha, pero fué bobada;
Debaxo de la colcha non ví nada.

Esta, en fin, ye la cosa nunca vista,
Que canta, grita, gufa y hasta brama.
Obra de bruxes más que d'un artista,
Anq'un tal Edissón lleva la fama.
Siento que la memoria non m'asista
Pa podervos decir cómo se llama:
Ello ye cosa parecida á fósforo...
Siñor ¿cómo la llamen? ¡El Fonósforo!

PEPIN QUEVEDO

UNA ASTURIANA



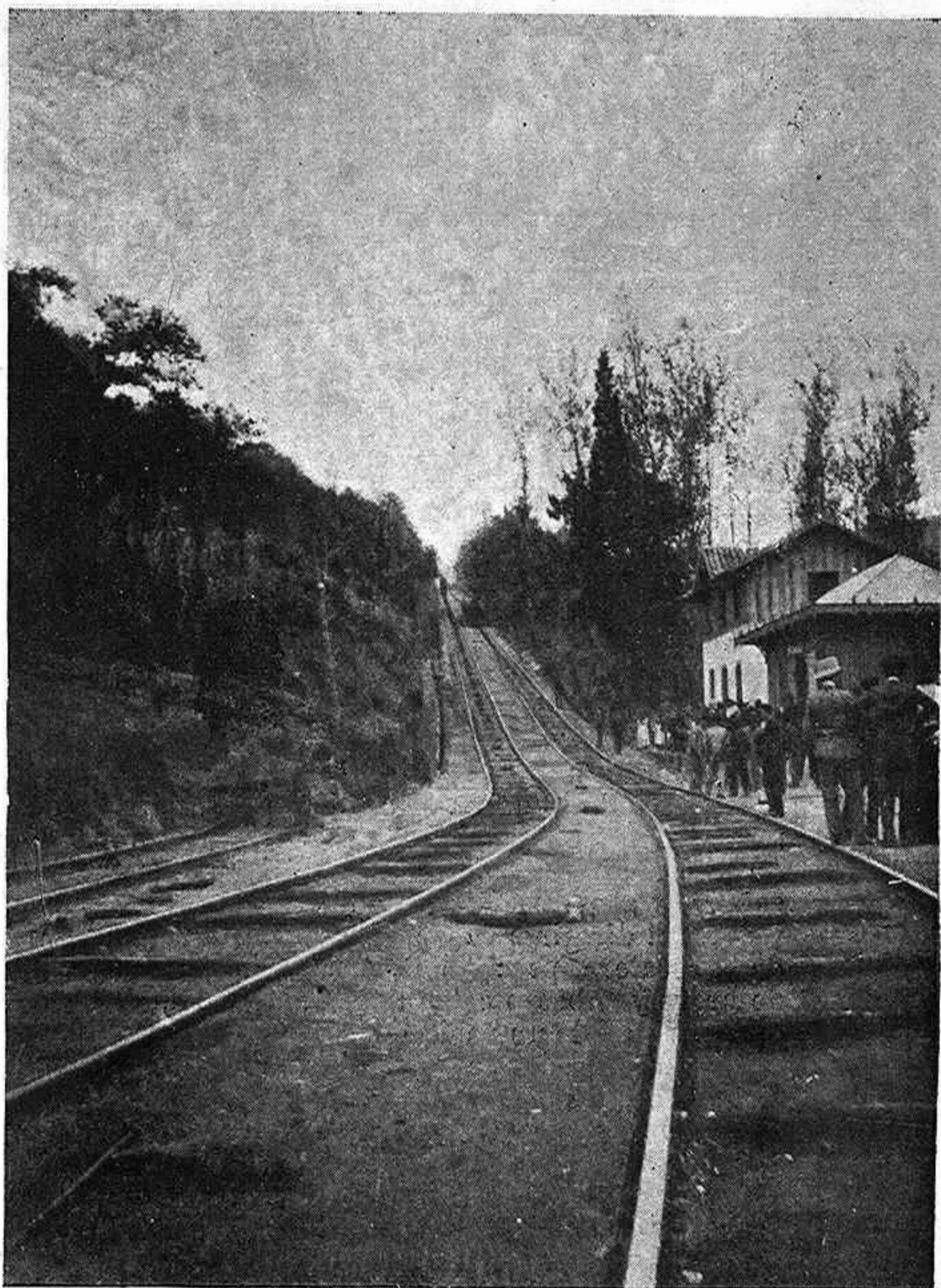
Un dechado de belleza,
honra del pueblo asturiano.....
¡Vamos, que cualquier cristiano
puede perder la cabeza!

DOS HIJOS (1)

I

CON un fin artístico, completamente ajeno al local, me encontraba, no hace muchos días, en el salón de audiencias de una alcaldía de distrito. Se trataba de una reunión de poetas, músicos y escritores. Llegué media hora antes de la cita, y me encontré sólo y me posesioné de un rojo sillón municipal, rematado por el emblemático escudo de la coronada villa. La figura del oso, primorosamente tallada, destacaba sobre mi cabeza con toda la esbeltez de un epígrama mudo asestado contra mi excesiva puntualidad.

Mi reloj tenía la culpa de todo. Diez minutos de adelanto explicaban perfectamente mi conducta; diez



Ferrocarril de Langreo y plano inclinado de San Pedro.

minutos que me condenaban al tormento de la impaciencia y á la desesperación de una soledad angustiosa.

Aquellos minutos deseaba que transcurriesen pronto, muy pronto.

Eran una parte de mi existencia, y sin embargo, no me dolía verlos morir rápidamente.

El reloj del salón marcaba, con sonoro compás, la oscilación de su péndola, burlándose con monótona pausa de mis arrebatos meridionales.

(1) Del bien escrito libro de CUENTOS, que acaba de publicar nuestro distinguido amigo el conocido escritor D. José del Castillo y Soriano, copiamos éste, que gustará seguramente á nuestros suscriptores.

Una voz suplicante y angustiosa vino á distraer mi aburrimiento.

En la pieza inmediata mantenían vivo é interesante diálogo una mujer y el Secretario de la Alcaldía.

—Si dentro de diez minutos no me trae usted el testimonio que acredite la legitimidad de su hijo de usted..... no hay remedio..... se le declara soldado.

—¡Por Dios! exclamaba entre sollozos la voz angustiada de la pobre madre.—El año pasado se salvó sin este requisito.

—El año pasado regían otras disposiciones; ha habido muchos abusos, se ha reformado la ley.... Además, le faltaba un día para cumplir la edad, y por eso no entró en quinta.

—Pero V. me dijo que, siendo mi sostén, y manteniendo él la casa y estando parálítico su padre, se salvaría.

—Y se salvará en cuanto V. demuestre que es verdad todo lo que dice... Pruebe usted que el mozo es hijo único de padre impedido y pobre. ¿Dónde está la partida de matrimonio? ¿Dónde la información de que le hablé á V?

—La partida.... la información....—repetía la mujer con amargura, traduciendo en lágrimas y en gemidos la horrible situación de su alma.—Me es imposible traer en diez minutos esos documentos—dijo reuniendo en una frase todas sus fuerzas para balbucear una nueva súplica y pedir un plazo más.

Los diez minutos, que á la caprichosa impaciencia de mi espíritu le parecían largos é inacabables, era necesario que fueran de duración infinita para complacer los amantes deseos de un afligido corazón maternal. Bendije entonces la calma del tiempo, la lentitud del reloj, y operándose en mí un cambio radical y repentino, empecé á deplorar la celeridad pasmosa con que el minuterero avanzaba por la esfera.

—No puedo seguir escuchándola á usted—añadió el Secretario;—nada más fácil que presentar esos documentos; no hay imposibles para una madre.

—Eso creía yo—dijo la desdichada mujer—pero los hay. No en diez minutos, en cinco me proveería yo de los documentos..... pero, desgraciadamente no puedo traerlos, aún cuando me concediera usted un año de plazo.

—¿Por qué?

—Porque no existen.

—¿Nó es Antonio García su hijo de V?

—¡Hijo de mi alma! ¡Sí señor, es mi hijo! Pero la partida de mi matrimonio no puedo traerla.

—¡Ah!—exclamó el Secretario; confundiendo en un monosílabo los más opuestos sentimientos.

—No importa,—añadió en un arranque é en que el corazón se sobrepuso á la cabeza, y el hombre generoso al funcionario rigorista;—aún hay un medio; que el padre reconozca al hijo: legitímenlo ustedes casándose inmediatamente, y yo lo arreglaré todo.

—¿Cómo pagarle á V. tanta bondad? ¡Si todos los hombres tuvieran esa nobleza de sentimientos! pero desgraciadamente no es así.... El padre de mi hijo se niega á reconocerlo.

—¡Está bien!—dijo el Secretario indignado, tomando parte en la desdicha de aquella infortunada mujer.

Crecieron los lamentos, escuchándose palabras de consuelo y rotundas negativas. Confusa, avergonzada

muerta como su esperanza, despidióse, por fin, la madre de aquel funesto lugar donde le reclamaban toda su fortuna, toda su alegría, toda su existencia: su hijo Antonio.

Dejé el salón, corrí tras aquella voz, traspasé la puerta que nos separaba, llegué á la escalera. Allí estaba la infeliz madre, sola, vacilante, casi desmayada.

Aquel triste cuadro, alumbrado por la débil luz de un farolillo, que solo conseguía hacer perceptible la lobreguez del mísero pasadizo, era el final de un triste drama, cuyo argumento me propongo referir después del precedente que sirve de introducción, copia exacta del natural, desprovista de galas y adornos que pudieran desfigurar la verdad de su colorido.

II

María era el prototipo de la bondad. Huérfana y sola en el mundo, fué recogida de limosna en casa de una señora aristocrática, viuda de un título de Castilla, que no tenía más familia que un hijo de treinta años, aventurero, audaz y excéntrico.

Dieciseis años contaba la preciosa niña, y nunca tan escaso número de abriles se habían visto acompañados de mayores bellezas y más secretas simpatías.

Blanca la tez como la inocencia de su alma y negro el cabello y los ojos como las intenciones de cuantos admiraban su hermosura, el rostro de María era fiel reflejo de su corazón, nido candoroso de dulces sentimientos.

Desempeñaba con humilde resignación sus funciones de sirviente, sin recordar para nada su distinguido origen y sin pasar por cierto, desapercibida para el Tenorio de la casa. Hasta el nombre teína de tal el joven amo de María, y, gracias al respeto que le inspiraba su madre, pasaron algunos meses desde la entrada en la casa de la pobre niña, sin que D. Juan de Romeral se permitiera dirigir sus insinuantes galanteos á la gentil doncella.

La bendita Sra. doña Rita, sorprendía con recelo, en ocasiones, algunas miradas de su hijo que iban á buscar con afán otras miradas, y sin encontrarlas, se quedaban pordioseando compasión á la puerta de unos lindos párpados graciosamente entornados, como para ocultar unas niñas, que no por ser serias dejaban de parecer juguetonas.

—Esta chica es demasiado guapa—decía una tarde doña Rita—hablando con su administrador, D. Ambrosio de la Barrera, hombre muy cabal y entrado en años, aunque alegre y expansivo en determinadas materias.

—¡Guapísima!—repetía D. Ambrosio, mientras sus alegres ojos, dirigiéndose á la puerta, á través de las gafas, buscaban algún deseo que complacer.

—Me sirve muy bien, sabe su obligación, es buena cristiana, humilde, y poco parlanchina; pero cuando me acuerdo del hijo que Dios me ha dado, y del palmito que también Dios le ha puesto sobre los hombros á esa pobre criatura, me dan ganas —exclamaba D.^a Rita—de hacer una barbaridad y echarla de casa.

—Doña Rita, ha calificado V. muy bien semejante propósito.

—Tiene V. razón, D. Ambrosio; no sé lo que me digo. ¡Qué culpa tiene ella de....! Pero si no fuera porque está sola en el mundo y porque es tan buena... yo me entiendo y bailo sola.... Más vale prevenir que remediar.... En la confianza está el peligro, y sobre todo, el que quita la ocasión quita el pecado.

—Desengáñese V., esa teoría es contraproducente. Ya sabe V. mi modo de pensar, mi formalidad y rectitud; pero, sin embargo, en materias de amorios y devaneos profeso las teorías más liberales. Así como la tiranía produce la revolución, el sistema restrictivo con los hijos origina funestos resultados. En casa

tiene V. el ejemplo: los primeros años de Juanito fueron otros tantos años de una condena severísima, que la ley sólo impone á los criminales más perversos; aquel período de horrible encierro, contra el cual protesté tantas veces, trajo después, cuando el joven se hizo hombre, una serie de excesivos y lamentables desahogos. El sistema preventivo es siempre malo; pero en materia de amores es completamente inadmisibile. Muchas veces las precauciones excitan más que impiden, y puesto que los refranes son para V. razones de gran peso, le diré que no por mucho madrugar amanece más temprano.

—¿Y V. cree que mi Juan se enamorará de María?

—¡Quién sabe! Si, como parece, le gustan todas las muchachas bonitas, evacuo desde luego la consulta con una afirmación absoluta; pero como suele darse el caso de que no entre el amor por los ojos, pudiera suceder que se preocupara V. de un fantasma.

—¡No está V. mal fantasma! No me gusta hablar con V. de estos asuntos, porque siempre me hace usted la contra de una manera que no parece sino que es V. un libertino.

—No tanto, pero soy muy liberal: creo que debe dejarse á la juventud tratar con toda la amplitud necesaria esas árduas materias. La juventud sin amor, es una mariposa sin alas; déjela V. revolotear. y ya que su vida es rápida, no seamos tan egoístas que nos ocupemos en confundirla con la vida del gusano que se arrastra por la tierra.

—Está V. inspirado.

—Además—añadió D. Ambrosio, asombrado de que un casero de profesión pudiera tener un rasgo de elocuencia;—además, son inútiles esos alardes de autoridad, porque el vuelo....

—Sí,—dijo doña Rita, haciendo abordar el nuevo conato oratorio de su administrador:—ellos son las mariposas y nosotros los gusanos.

Apesar de la modesta categoría que nos adjudica usted, yo veo lo que pasa por las alturas, y sé que mi hijo no se enamorará de mi doncella.

—¿Nó?

—No, porque ya está enamorado.

—¡Es muy natural!

—Será todo lo natural que V. quiera, pero á mí no me gustan ni me convienen cosas de esta naturaleza.

Calló el administrador, cambió de conversación la señora, y al poco tiempo se despedía el antiguo servidor. Al dirigirse desde el recibimiento á la puerta de la escalera, percibió D. Ambrosio frases perdidas de breve y sabroso coloquio sostenido á media voz en la oscuridad de un pasillo.

El administrador se puso el sombrero, y salió diciendo:

—*Esto me parece ya demasiado natural.*

III

Las madres no se equivocan. Los pronósticos de doña Rita se realizan.

María fué una de tantas víctimas apuntadas en el largo catálogo del famoso aventurero.

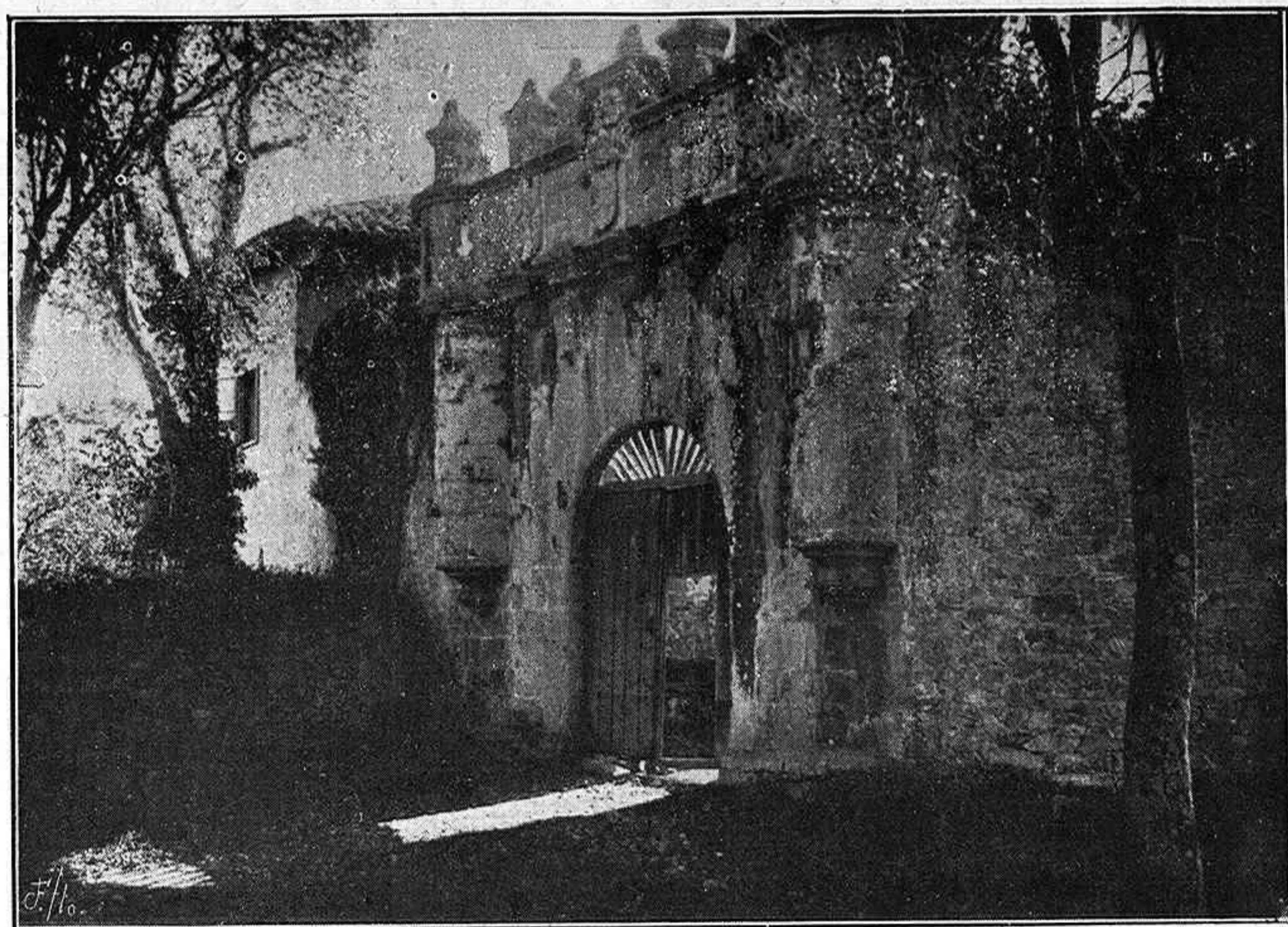
Doña Rita obtuvo el más completo triunfo sobre las doctrinas de D. Ambrosio, y celebró su victoria llorando.

Reíase entre tanto el administrador con sardónica intención y cualquiera hubiese dicho, al contemplarle tan satisfecho, que era el vencedor y no el vencido.

Hubo escenas violentísimas entre religiosa madre y el hijo excéptico: ella se puso enferma; él se ausentó de Madrid y emprendió un viaje de placer á Francia é Italia.

María fué despedida de la casa, y el célebre D. Ambrosio se dijo, después de desempeñar con repugnancia tan desagradable misión:

ASTURIAS MONUMENTAL



MUROS.—Portada del Palacio de Valdecárcana.

Es una hermosa muestra de arquitectura del Renacimiento. Un arco de medio punto con enormes dovelas, flaqueado por dos torrecillas semi-circulares que arrancan á unos seis piés del suelo, sostenidas por ménsulas, cuya curvatura adornan junquillos y otras molduras.

Sobre la clave del arco corre horizontalmente abrazando ambas torrecillas, un cornisamento que se apoya en modillones, compuesto de ancho friso, en el centro del cual campea un bien labrado escudo con las armas de los Cienfuegos. En carteles graciosamente arrollados en sus ángulos,

aparecen otros cinco escudos más pequeños, pertenecientes á los Rúa, Ponce y demás familias, que poseyeron esta casa. Termina este cuerpo una ligera imposta, y sobre élla descuella una fila de almenas, perforadas algunas por saeteras, con diminutas cornisas, rematadas con bolas.

Créese que ha sido el autor de esta portada el célebre maestro Juan de Cerezedo, que hizo los trazos de la mayor parte de los edificios erigidos en este país en la primera mitad del siglo XVI, entre ellos figura la bonita iglesia de la culta villa de Cudillero.

La Gaita Asturiana

Dime, gaita dulce,
dime, tierna gaita,
¿qué canciones lloras?
¿qué canciones cantas?
Tu fuelle se hincha,
preludia tu escala,
y enredan tus sonos
su viva maraña.
El bago zumbido
que continuo lanzas,
fondo es que de notas
la copla recama,
como sobre oscura
piedra veteada
el bajo relieve
sus líneas enlaza.
El fleco brillante

que adorna tu *asta*,
sus hebras de seda
combina y rebaja,
y la fresca música
de tus dulces flautas
trasciende á tomillo
y huele á retama.
Gaita lastimera,
quejumbrosa gaita,
¿qué canciones lloras?
¿qué canciones cantas?

Yo escucho en tus ecos
la voz de tu raza,
que amante cultiva
sus verdes montañas,
y honrada y modesta
encierra su alma
detrás de las rocas

que ocultan su patria.
Oigo en tus sonidos
estruendo de armas,
que crean triunfante
la cuna de España
el són del zortzico
brioso que lanzan
las huestes guerreras
que Pelayo manda.
Si alzó en Covadonga
la insignia cristiana
la raza valiente
que oyó tus valadas,
gaita gemidora,
quejumbrosa gaita,
¿por qué triste suenas?
¿por qué triste cantas?

SALVADOR RUEDA.

El Castillo de San Martín

(CONTINUACIÓN)

Todos en la adversidad soñamos de ese modo. Los que ven el presente envuelto entre las brumas de la desgracia; los que tienen pocos recuerdos gratos en el pasado y no ven lucir una esperanza en el porvenir, se forjan en sus sueños un mundo ideal, mundo mentado, sí, falso sueño, ilusión de los sentidos, pero que es un oasis de dicha en medio del desierto del dolor.

Y D.^a María soñaba de ese modo. Soñó por un momento con los bellos días de su juventud, los días de sus felices amores, con las caricias de su buena madre, con los obsequios del hombre que amaba; pero todo esto no la satisfacía por completo: aún deseaba más, y los sueños de los desgraciados son casi siempre espejo de sus deseos.

El hijo de sus entrañas, el hijo que desde tanto tiempo lloraba perdido, fué el último y más grato objeto de sus sueños. Aquel hijo del amor y del crimen le veía hecho ya un hombre, hermoso y envidiado, mimado por la fortuna, valiente y generoso. Le veía en sus brazos prodigándola todas las caricias que una madre puede apetecer llamándola madre.... vosotras las mujeres sabéis todo lo que significa esta palabra.

El ruido que al andar hizo Rodrigo la despertó apaciblemente y al ver ante sí aquel interesante joven que miraba respetuosamente y que era acaso la realidad de su sueño, creyó por un momento que su sueño se había realizado, ó que no había soñado.

Esta bella ilusión le duró poco tiempo.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis?—exclamó cuando salía del éxtasis, sorprendida de ver aquel joven en su presencia.

—¿Quién soy me preguntáis, señora? no sé decíroslo: un pobre joven desconocido, cuya triste historia os es indiferente: un pobre joven abandonado de sus padres, que compadece la desgracia y que os compadece por lo mismo á vos, señora. Os compadece porque le han dicho que érais muy desgraciada, porque lo cree así, y os compadece más que por nada, por saber que vuestro esposo es la causa de vuestros males. ¡Oh! eso debe ser muy cruel. Tener familia, estar unida para siempre á una persona, y ser esa persona un verdugo.... pero perdonadme este lenguaje: no es eso lo que tenía que deciros. La suerte me ha unido á los que aborrecían á vuestro esposo; hombres que á pesar de su criminal situación, tienen mucho de generosos, pero que estaban dispuestos á no perdonarle ninguno de sus crímenes. Estos hombres, que son bandidos, que manda Pedro Jiménez,

asaltaron hoy vuestro Castillo, se han apoderado de él y.... vuestro esposo ha muerto á sus manos.

—¡Mi esposo! ¿Qué decís?

—¡Oh, señora! ¿Y eso os causa dolor? ¿Habré contribuído sin quererlo á causaros algún pesar? Por Dios, no temais nada; los que han tomado el Castillo son los bandidos de Pedro Jiménez; bandidos, sí, pero que os respetarán, porque respetan siempre la debilidad y la desgracia. No os desconsoléis, el capitán me mandó deciros que no temais nada y Jiménez no falta nunca á su palabra: yo os lo garantizo.

Las facciones de doña María, que por un momento se habían animado, al saber la muerte de su esposo tornaron á oscurecerse: parecía que por un momento había triunfado en ella la naturaleza que se deleitaba de su libertad aún á costa de la vida de su esposo, y que después, comprendiendo mejor sus deberes se condolía y lamentaba la suerte de don Martín.

Rodrigo, cumplió ya su mensaje, se retiró de su presencia, llevando el pecho combatido por mil diversas y extrañas sensaciones.

Los bandidos desalojaron aquella misma noche el Castillo sin haber cometido la menor violencia.

Llevaron consigo y como en rehenes dos de los hidalgos que acompañaban á D. Martín y que se habían salvado de sus golpes; Rodrigo, con el segundo Garduña y otros seis compañeros permanecieron todavía algunos días en el Castillo para cuidar que la chusma de don Martín tributase á su viuda las consideraciones debidas.

El primer uso que doña María hizo de su libertad, fué reclamar la asistencia de una de sus antiguas dueñas que don Martín había separado de su lado.

Esta excelente mujer se llamaba Juana, y criada en casa de los padres de doña María le profesaba desde su niñez el más íntimo afecto. Más bien que una criada era una amiga, cuyo cariño nunca enfriara la diferencia social que las dividía.

En sus días de infortunio, la noble señora había pedido muchas veces á su esposo le dejase al menos la compañía de su buena amiga; pero éste, que se gozaba en la desgracia de su mujer, nunca había cedido á sus ruegos.

Cuando doña María tornó á verla después de tantos años de separación y desgracia, permaneció mucho tiempo en sus brazos sin poder articular palabra, embargada por el placer: la pobre dueña había también enmudecido, pero era porque no podía reconocer en aquel rostro pálido y

demacrado, el bello y juvenil semblante de su antigua señora.

X

Era una de esas tardes de otoño en que la luna aparece en el cielo antes que el sol abandone nuestros horizontes.

Dos mujeres envueltas en largos mantos negros llegan asidas del brazo á la ermita del Amparo.

Una de ellas, de porte noble y majestuoso, era la castellana de San Martín.

La que le acompañaba era Juana.

Entraron silenciosas en la capilla, y postrándose ante la imagen de la milagrosa Virgen, oraron juntas largo rato.

Un temblor convulsivo interrumpía de vez en cuando el rezo de doña María, que oprimía violentamente la mano de su dueña.

Al fin se levantó y llevando consigo á Juana para el atrio de la ermita, echóse en sus brazos y prorrumpió á llorar amargamente.

—¡Oh! ¡Esto es horrible! exclamó. Todo me induce á creer que mis esperanzas son infundadas, y sin embargo, tengo en el corazón un presentimiento que nunca me abandona. Tu sabes bien mi historia; tu sabes que este sitio es para mí un depósito de recuerdos, pero recuerdos terribles que hacen se me erice el cabello de terror. Acércate más á mí, necesito reposar mi cabeza en un pecho amigo para no desfallecer. Tu, confidente de mis amores; sabes muy bien el que me unía á don Ares de Miranda, amor que mi padre no consentía por antiguas disidencias de familia. Para concluir de una vez con nuestras relaciones, mi padre se empeñó en enlazarme con don Martín Peláez, caballero á quien él estaba ligado por una antigua amistad, pero á quien yo no conocía siquiera. Amando con locura al de Miranda, teniendo la certeza de que era amada por él más que nunca, no podía resolverme á un sacrificio tan cruel. Además... tu bien lo sabes... embriagada con mi amor, me había entregado completamente al amante que muy pronto esperaba fuese mi esposo. Me encontraba en tal conflicto cuando mi padre me presentó á don Martín, y á primera vista conocí que nuestros corazones no podrían nunca comprenderse ni unirse. En vano lloré á los pies de mi padre; mis súplicas, mi llanto, cuantos esfuerzos hice para disuadirle se estrellaron contra aquel corazón de hierro, que no conocía nunca otra ley que su voluntad. Viendo que por este medio mis esfuerzos saldrían siempre fallidos pedí una entrevista á don Martín, le confesé sin rebozo mi amor al de Miranda, y viendo que esto no era bastante, le dije el estado en que me encontraba. Aquel hombre, que sólo se unía á mí por el brillo de mi fortuna, creyó de poca importancia todas estas confesiones, y persistió en su enlace. Al fin no tuve otro recurso que ceder. Ares partió para la guerra donde murió bien

pronto, y yo quedé aquí para morir lentamente, pero con más dolores. Apenas don Martín se vió unido á mí, se separó de mi lado y contigo á todas las personas cuya asistencia me era agradable. Ocultó cuidadosamente mi embarazo á todo el mundo, y cuando llegó la hora de mi alumbramiento, ¡tiemblo al recordarlo! me sacó del Castillo sin que nadie de mi servidumbre tuviera noticia de ello, me trajo aquí, y en este mismo sitio, en el mismo sitio que pisamos....

—Concluid, por Dios—dijo la dueña que la escuchaba con viva ansiedad.

—Dí á luz una criatura.

—¡Oh, eso es horrible!

—Muy horrible, sí, pero no es eso todo. En medio de mi angustia, sentí me arrebataban de los brazos á mi hijo, y á la luz de los relámpagos que alumbraban de vez en cuando esta terrible escena, distinguí á don Martín que alzaba sus brazos para estrellarlo contra aquella columna. Entonces, no sé si sería una ilusión de mi deseo, parecióme que un hombre detenía su brazo, arrancándole la víctima que iba ya á sacrificar.

Había en el ser de aquel hombre algo de fantástico, y en su rostro una expresión que nunca se me olvidará. Abrigando al niño con su gaban de pieles, pasó cerca de mí y pude por un momento contemplarle con atención... ¡Oh! Nunca olvidaré su fisonomía. Pero, ¿quién me dice que todo esto no es sólo un sueño creado por mi delirio?

—¿Nada habéis sabido desde entonces que os diera indicios de la existencia de vuestro hijo?

—Nada absolutamente; al contrario, don Martín me aseguró mil veces que había muerto, y ya no debo alimentar ninguna esperanza. Además, ¿quién y con qué objeto había de salvarle? ¿Quién había de seguir nuestros pasos á aquella hora? ¿Quién se podía interesar por esta pobre mujer?

—Un hombre hay que sin conoceros ha hecho todo eso; por él os abrazo hoy, madre mía.

Rodrigo y Pedro Jiménez estaban ante las dos mujeres; el primero á los pies de doña María, besándole las manos y humedeciéndolas con su llanto, y el otro á alguna distancia contemplando con viva satisfacción aquella escena que acaso había estado preparando durante diez y seis años.

Doña María quedó absorta al reconocer en Rodrigo al joven que había visto en el Castillo; luego, dirigiendo su mirada á Jiménez lanzó un grito de sorpresa, exclamando:

—¡Oh! Debe ser verdad, sois mi salvador; vos sois el que hace diez y seis años le libertó de la muerte.

Y abrazó por primera vez á su hijo, trasportada de felicidad.

No nos atrevemos á pintar la escena que tuvo lugar entonces. Una madre que recobra un hijo que juzgaba perdido, dice cosas que la pluma no puede traducir.

Era ya muy entrada la noche cuando se acordaron de regresar al Castillo. El capitán de los bandidos les acompañó hasta él. Allí besó la mano de doña María y se dispuso á alejarse.

—Que el cielo os sea desde hoy propicio, señora, dijo: el hijo que os restituyo, aunque criado en mala compañía, no ha dejado nunca de ser un hombre de honor. No hay en su vida una mancha y podeis reconocerlo con orgullo. Yo le tengo también de haber sido su compañero durante tanto tiempo, y os pido que olvidando que soy un bandido, me permitais abrazarle por última vez.

—Pero, ¿qué?—exclamó Rodrigo, arrojándose en sus brazos—¿vais á abandonarnos? ¿No vais á vivir siempre con nosotros?

—Nó, Rodrigo, voy á separarme de tí, aunque me duele en el alma esta separación. Pero, ¿qué quieres? Soy demasiado libre para vivir en cuatro estrechas paredes. Desde mi juventud que vivo en los bosques, que duermo al sereno, que me guío sólo por mi voluntad, y no podría amoldarme á las leyes de un mundo que además me rechaza.

—¡Oh! no temais—dijo doña María:—hoy tengo bastante poder cerca del rey para que nadie pueda tomaros cuenta de tiempos pasados. Quedaos para siempre con nosotros.

—No; mi destino está ya marcado. Nacido en la última clase de la sociedad, mi génio no pudo doblarse nunca al yugo que el mundo me imponía. Instintivamente odié á esa raza de hombres privilegiados, que sin otros méritos que su nacimiento se sobreponen y dominan á sus semejantes. Hijo de un vasallo, vasallo yo también, logré hacerme independiente y mirar de igual á igual á los que antes eran mis señores.

Esta vida es la única que me conviene y la que jamás abandonaré.—Señora: si alguna vez os puedo ser útil, no dudeis, estaré siempre dispuesto á sacrificarlo todo por vos. Rodrigo, hijo mío, otro abrazo.

Rodrigo, sin poder articular una palabra, estrechó á Pedro Jiménez en sus brazos; éste se desasíó al fin de ellos y se alejó rápidamente.

Dos gruesas lágrimas surcaban su tostado rostro

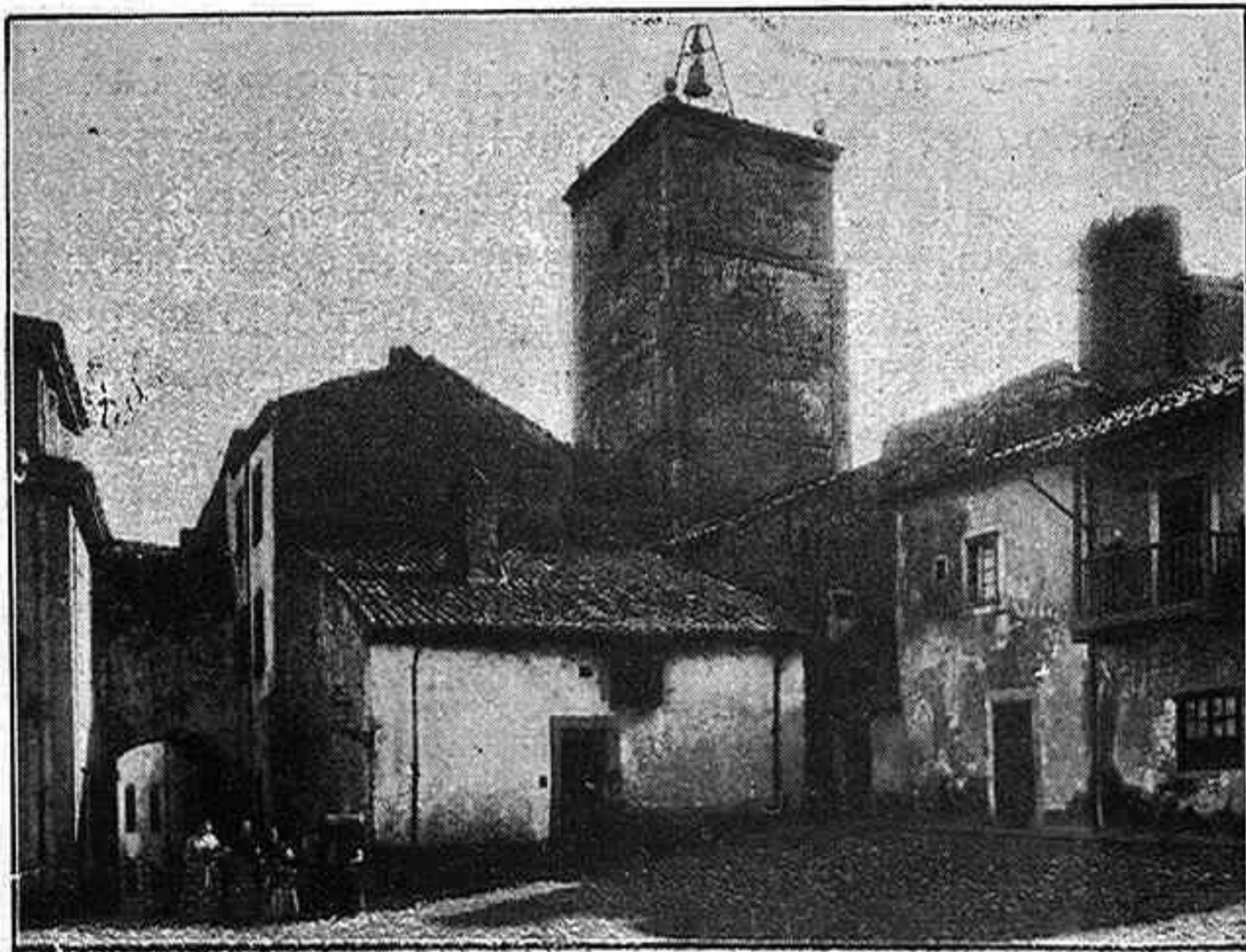
ANTONIO ARANGO

EL BABBLE

I

Gústesme porque yes probe,
tan probina como vieya,
fabla dulce del mió Asturias,
encanto de la mió tierra.
Gústesme porque, homildica,

vives como fai mil años
escondida nas aldeas,
sin apetercer les gales
nin codiciar la riqueza
de to fiu'l castellano
que t'escarnez y dispreeia.



GIJÓN.—La Carcel.

como la homilde violeta,
que non piensa'n ser carbayu
nin pino, nin clavelera,

II

¡To fiu!....¡Medrau 'stá
esi'n gratucu fachenda!

Fose munchos años fa
de la quintana ú naciera,
y con dotores y sábios
trabó amistá'n otra tierra;
y ¡mal añu! inchose tanto
de vanidá y de soberbia
que non quier llamate má
el mazcayu, por vergüenza....
como si non fueses tu,
unque probe y unque vieya,
cien veces más noble q'il
y que toa la Cademia.

III

Dicen q'está ricu.... ¡al diañu
doi yo toa su riqueza!
Robóte les gargantilles
que tien, llatines y griegas;
cuando tu matabes moros
con foces, palos y piedras,
deprendía él sos lladríos
pa dir lladrando á Castiella:
más tarde garró goxáes
de xirigonza francesa
y ahí lu tienes, que non sabe
de u ye, ni aonde s'alcuentra.
Quien lu arrepare non diz
que tal madre'n tí tuviera,
porq'il ye mar cenogosu,

Gijón - Torre Rello

traidor y amargu'n concencia,
y tú yes regatu mansu
de corriente clara y fresca,
onde se miren las flores
y los ablanos s'espeyan
y onde texe fillos d'oro
la xana zaragatera.

IV

¡Que lu fala Castelar
y que Cervantes lu enseña!
¿Y qué? ¿Por eso ye bono
el castillán?... ¿Ya quixera!
Cervantes y Castelar
falarín faciendu señas,
que lo grande de lus dos
non ye'l verbo, ye la idea;
y anque'sto non fora ansina,
cuánto illos más grandes fueran
si su pensar engarzasen
en la fabla de mió tierra
blandina, dulce, sabrosa
como la miel de l'abeya,
Facer una gran estauta

teniendo gran ferramienta
non ye, pa Dios nin pal mundo,
nin nunca fó una gran cencia;
el méritu'stá en que salga
con una navaya vieya;
y.... salen, porque lo dicen
nel *Niño enfermo* Caveda,
nel *Cantar*.... Xuan Acebal,
na *Danza*.... Tiadoru Cuesta;
Tiadoru, esi namoradu
del bable, esi gran poeta
que tien más premios ganaos
q'hay en el cielo d'estrellas.

V

Non, castellanos, non; mialma
por más que i deis cien vueltas,
vuestra llengua fiede á moro,
y á cuchu francés apiesta,
mientras q' al vieyu llatín
solo arreciende la nuestra.
¡Ay! si como ye de pura
tuviaes un poco de fuerza,
s'erguiaes y se cepillara

vistiéndose á la moderna,
sería riu caudalosu
d'agua transparente y fresca
y non se trocara nunca
enjamás per otra llengua.

El castillano ¿qué yé?
¡Don Naide Muncha-fachenda!
Que güelva á Francia el francés
que se metió por Castiella,
y al moro güelva lo moro,
y el inglés á Inglaterra;
que quede'strañu lo'strañu
¡y á ver, dempués, qué i queda!

VI

Quiérote, bable, y non sé
remediar esta querencia;
quírote porque yes probe....
Siempre mi atrae la pobreza
cuando ye, como tú, suave
y sencillina y melguera.

BERNARDO ACEVEDO

OBISPOS ASTURIANOS

Ilmo. Sr. D. Valeriano Menéndez Conde

Obispo de Tuy

Es una de las más puras glorias que tiene el Principado.

Nació en San Martín de Luiña, pintoresco pueblo del concejo de Cudillero, y allí estudió las primeras letras.

Fué su primer maestro el venerable anciano D. Manuel Cuervo, actualmente párroco de Ranón y La Arena, quien apreciando en lo mucho que valían las excelentes cualidades del discípulo, le prestó protección, recomendándole para que fuese admitido en el Seminario de Oviedo.

En aquel centro de enseñanza distinguióse el joven Menéndez Conde por su claro talento y sus excelentes aptitudes para el estudio, obteniendo en todos los exámenes las más brillantes notas y captándose la estimación de sus profesores, quienes no dudaban afirmar que *el chico de Luiña*, era sin duda uno de los mejores estudiantes, sino el mejor, que había tenido el Seminario.

Una vez ordenado desempeñó en el transcurso de muy pocos años los cargos de coadjutor de Pravia, profesor en Valdedios, párroco de la Caridad y de Illas...

Tan solo fué dos veces á concurso para curato

y fueron sus dos ejercicios calificados con la nota *suprema*.

Estando en Illas fué á graduarse á Santiago de Galicia, con objeto de hacer oposición á la Canonía magistral vacante en Oviedo; pero algunos de los jueces en el ejercicio del grado, admirados del talento y sabiduría del joven asturiano, animáronle á que hiciere oposición á la magistralía de aquella metropolitana, y allí se quedó nuestro paisano, desempeñando aquel cargo, obtenido en reñida lid, tras brillantísimos ejercicios.

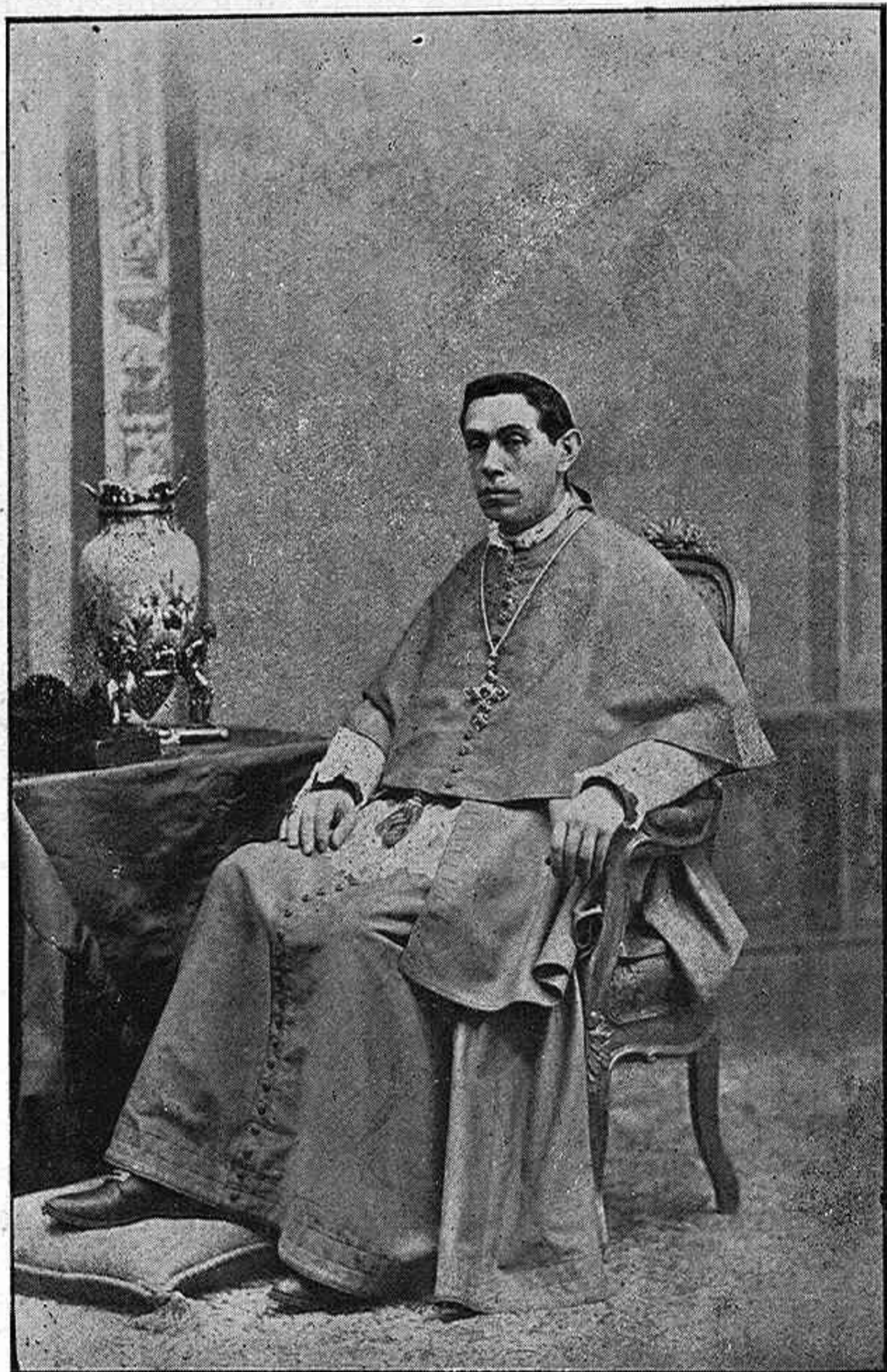
Algún tiempo después fué nombrado obispo auxiliar del Sr. Payá en Toledo, y muerto este Prelado, obtuvo el nombramiento de Obispo Prior de las Ordenes Militares; habiendo dejado de serlo para encargarse de la Diócesis de Tuy.

Quizá ningún otro Prelado español pueda gloriarse como nuestro ilustre paisano de haber recorrido en muy corto número de años toda la escala: coadjutor, profesor, párroco, canónigo, obispo auxiliar y por fin obispo.

Dos veces fué el Sr. Menéndez Conde nombrado Senador por la provincia eclesiástica de Santiago y dió pruebas de ser un buen orador parlamentario.

No hace mucho que su elocuente palabra se dejó oír en la alta Cámara, tomando parte en el debate sobre el convenio con Roma acerca de la situación de las órdenes religiosas en España.

Escritor castizo, correctísimo, los trabajos que



brotan de su pluma llevan siempre esa nota de *la valentía* que pueden dar á sus escritos esos afortunados varones que viven rodeados de una aureola de dignidad inmaculada.

Entre las pastorales del señor Obispo de Tuy merecen citarse la que escribió á raíz de nuestros desastres en América, la que trató de la cuestión social (año de 1902) y la famosísima acerca de la agitación anticlerical, provocada por *Electra*, Canalejas y la boda de la Princesa.

También ha sido notable su *Carta á Montilla* con motivo de la circular que este dirigió á los fiscales siendo ministro de Gracia y Justicia.

De su patriotismo no sólo ha dado pruebas el Sr. Menéndez Conde con su palabra elocuente y sus valientes escritos; las ha dado también con su dinero.

Los que tratan de cerca al Obispo de Tuy saben que cuando la patria necesitó el esfuerzo de todos sus hijos para atender á los gastos de la guerra, el Obispo de Tuy no pudo venir á Asturias *porque se quedó sin un cuarto*.

Puede asegurarse que es nuestro paisano uno de los obispos españoles que figuran en primera fila por su talento, su patriotismo y su valentía.

Apesar de lo mucho que vale y del aprecio en que se tienen sus méritos, es excesivamente modesto.

Profesa entrañable cariño á su provincia, á la cual visita todos los veranos, pasando algunos días en Pravía, La Arena, Cudillero y Luiña; en cuyos pueblos tiene parientes y amigos, y donde todo hace revivir en su mente alegres recuerdos de la infancia.

El Cristo de Candás

LEYENDA

I

AÚN venían las olas como rebaños de fieras, de allá... del horizonte hosco y plumizo, á estrellarse bramando con estruendo en los peñascales de la costa, y rompían sobre ellos, arrojando nubes de espuma al aire. Gruesas gotas de lluvia chascaban al caer en el arenal de la playa, y á los recios tirones del Nordeste cabeceaban los lanchones amarrados en la orilla, y bajaban al ras del agua el vuelo las gaviotas.

Cuesta arriba, camino de la iglesia, iban en procesión los náufragos, cuyos cabellos y ropas destilaban todavía el agua salitrosa del mar.

Unos con los brazos en cruz, subían arrastrándose de hinojos; sobre el pecho de otros se veía el húmedo y grasiento escapulario de la Virgen, que les había socorrido en el supremo instante; alguno llevaba en ofrenda la maroma á que se agarró en las ansias de la muerte, y todos iban cantando la dulcísima plegaria *Ave, Maris Stella*. Mujeres harapientas y pálidas subían con ellos; las madres, arrastrando por la mano á inocentes criaturas que aún llevaban en su rostro de ángel la huella del terror.

María Cruz quiso ir también á la iglesia.

En vano intentaron disuadirla de su empeño *la*

Carpia y Mariona, dos buenas mujeres vecinas suyas se esforzaban en buscar consuelos á su pena, y el *tío Martín*, viejo patrón de barco, á quien el llanto caía por dentro, escaldándole las entrañas, y lloraba así la muerte de Jacobo tanto como María Cruz, su propia mujer. Esta, al enterarse de que su marido se había ahogado, sufrió de una manera tan horrible, que en breves momentos sus fuerzas se agotaron en mortal angustia, é inútilmente luchaba con su flaqueza para moverse de donde la había clavado el dolor; y al punto en que, cantando la *Salve*, se pusieron en marcha los marineros, una violenta contracción nerviosa sacudió el cuerpo de María Cruz, que cayó en el arenal rígida como un cadáver. Dos lágrimas calientes, surcando el rostro desfigurado por la demacración peculiar que imprime la epilepsia; eran los únicos signos de vida en aquel cuerpo. Recogieronlo la *Carpia*, el patrón y *Mariona*, piadosamente conmovidos; muy cerca de la playa estaba la casa de María Cruz, y allí la llevaron para confortarla.

Cuando llegaron al *portalón*, un golpe de viento tempestuoso les empujó y entraron.

II

—..... Dígame que ese rapaz ye artero y con más vueltas que un zorro, y así Dios me salve si non pienso del lo que te dixen. Porque ¿quién decirme en qué mollera cabe, que cortejando como cortejó el *Turrión* á María Cruz, y ella echarle pa trás todos los días hasta que maridó con Jacobo, diba el *Turrión* á dar por una higa todo lo pasao, y á ser uña y carne con Jacobo, y á metérselo en el alma con buena idea?....

Non lo pienses, *Mariona*; él se las tenía juradas para escontra sí, y hoy fizo la suya, y sin que naide lo sospeche en aquella cara de zamarrón toda la podre que lleva en su alma.

Algo sospechoso sí lo es, non digo yo menos, el que Jacobo se afogara sólo y naide lo viera nin lo oyera más que el *Turrión*, que vive y lo cuenta todavía; pos cuando el *Turrión*, dió voces en su

barca y fizo señas á Ramón y los suyos para que le amparasen, ¡diz que ya era con Dios el probe!

Bien se lo maliciaba María Cruz, y non paraba de porfiar al su Jacobo que yera como el buen pan, para desepararlo, de ese *Turrión* de los diablos; más malo que los mismos.

Y bien despachado pa volver en carantoñas á María Cruz..... ¡Que non haiga un rayo del cielo que faga justicia en él, ya que en el mundo non paez haberla!.... ¿Qué yé, tío Martín, que ansina calla? ¿Non reza con nosotras?....

El tío Martín, que andaba muy preocupado, dejó de pasearse y dijo mientras atizaba la mecha del candil, pendiente de una viga:

—¡Parlerucas! Mejor fuera que con otros trapos mojados en vino atendieseis á los pulsos de María Cruz, mientras yo quemo este buruyo de lana, á ver si vuelve en sí.

Hicieron cuanto el tío Martín dispuso, y al poco rato la enferma recobró el sentido «toda descoyuntada y con grandísimo desatino de cabeza.» Aunque el mar se había serenado ya, ella no cesaba de escuchar en sus oídos el hervir de las olas y los aletazos del viento. El Sr. Cura y algunos feligreses que volvían de la iglesia iban entrando en casa de María Cruz. No faltó el *Turrión*, y al verle delante de sí la viuda de Jacobo, le dirigió con la mirada una pregunta fiera.

— Dios le haiga perdonado, se contentó con murmurar el *Turrión*, mirando al suelo y disfrazando así de piedad su habitual sangre fría.

En esto una mujer entró, sin resuello apenas para hablar, y entre suspiros refirió cómo creían haber oido mar adentro voces muy angustiosas de ¡socorro! y que algunos marineros desatracaban ya sus lanchas para ir en auxilio de quien fuese el que lo pedía.

El *Turrión* palideció. Como en un raptó de locura se arrojó María Cruz de la cama en que la habían acostado sin desnudarla, y salieron to-



CANDAS.—Un rincón de Santarúa

dos atropelladamente hacia el lugar del suceso.

La noche estaba oscura. Se aseguraba ya que las voces habían sonado hacia el *Peñedo*, y allí miraron todos y vieron flotando en la soledad del mar una lucecilla que centelleaba en el espejo de las aguas; y mientras tres botes se hundían veloces en la sombra al firme empuje de los remos, la gente de la playa, aprovechando la baja mar, se fué al *Peñedo* bordeando la costa por los peñascales. Cuando llegaban, oyeron gritar á los de los botes: «¡Un hombre muerto! ¡Aquí! ¡Aquí!

El Turrión sintió en su alma un placer infame. Después vieron todos que no era un hombre el que hallaron los marineros, sino una imágen de Jesús Crucificado, á cuyos piés cayó abrazada María Cruz, lanzando un horrendo alarido.

III

La iglesia estaba llena de luz y de vahos de incienso. Multitud de cirios ardían delante del Cristo hallado milagrosamente en el mar; era un Cristo muerto, tallado probablemente dos siglos antes, en el siglo XIV; pues á pesar de lo tosco y desproporcionado de la escultura, apuntaban ya en ella detalles anatómicos.

El sermón que en la solemne fiesta predicaba el párraco, varón de letras y virtudes notorias, debía ser muy al caso de lo ocurrido y conmovedor en extremo, cuando la mayor parte de la gente lloraba á lágrima viva, hasta el Turrión lo escuchaba atento y con el rostro un si es no es cambiado en su inflexible dureza.

—Pracuremos traer limpieza de alma, decía el sacerdote, para no ser castigados de Dios. Con la oración y buenas obras merecisteis que el Señor hiciese á este lugar una tan señalada merced, siendo pronóstico de otras nuevas; en lo cual se da á entender cuánto va en que los pueblos sean buenos cristianos. Y es un aviso maravilloso para que traigamos en nuestra memoria é imaginación á Jesucristo; y si con esto desea el alma imitar á Jesucristo, en lo que es imitable, así como en la paciencia, en la humildad, en la pobreza, es un medio eficacísimo para que sin entenderlo os halléis con oración muy subida. De este medio se han privado los desventurados herejes quitando las imágenes como quitaron ésta para echarla al mar.....

.....
La Carpia dió con el codo á *Mariona*, y le dijo, aludiendo con una guiñada al *Turrión*:

—Precisa ser tan falso como Xudas pa facer el paso tan á lo vivo.

Y en verdad que el Turrión no apartaba sus ojos de la imágen de Jesús. Presa de una cruel pesadilla, rondaban su memoria espantables visiones y fantasmas. En el rostro del Cristo hallaba á veces no sé que semejanzas con el de Jacobo en su agonía; los párpados cerrados, el pelo hecho borra por el agua del mar como lo tenía la imágen.....

Sintió el Turrión todas las angustias del vértigo en su alma... Quiso alejarse de allí y no pudo... El Cristo había abierto los ojos.... y le miraba.... le miraba con aquella misma mirada de Jacobo, pidiéndole auxilio en su desesperada lucha con la muerte.

Un rumor solemne y religioso corrió por la iglesia, y todos á una gritaron conmovidos:

—¡Milagro! ¡Milagro!

El Turrión cayó de rodillas y gritaba:

—¡Si soy un criminal!... ¡Perdón, Dios mío!

Desde aquel momento, el Cristo de Candás fué uno de los más venerados en Asturias; millares de exvotos y presentallas atestiguan de la fé con que los pueblos recurren á El, suplicando mercedes. El día de su fiesta, puéblanse los caminos de *amortajados* y romeros de todas clases y cuantos van allí aseguran que el Cristo les mira, en cualquier parte del templo en que se hallen.

Y es, acaso, que les recrimina la conciencia

JUAN MENÉNDEZ PIDAL.

Pensamientos

Todos invocan la franqueza para decir lo que es desagradable de oír; en estos casos todos olvidan la educación.

TALLEYRAND.

El que siempre ha sido ingrato, es muy difícil que á su vejez encuentre recocimiento.

LINGRÉE.

La verdadera medida de la riqueza es el no estar demasiado cerca ni demasiado lejos de la pobreza.

SÉNECA.

CUATRO COSAS.

Cuatro cosas conviene muchas veces evitar: afligirse sin saber por qué; dar crédito á cualquiera; fatigarse por lo pasado, y desear lo que no se puede haber.

—
 Cuatro cosas hacen al hombre esclavo sin perder la libertad: la dulzura del hablar; el deseo de ganar; el aceptar presentes, y el poco entendimiento.

—
 Cuatro cosas no se pueden encubrir: la tos; el amor; la ira, y el dolor.

—
 De cuatro cosas tiene el hombre más de lo que piensa; de enemigos; de pecados; de años, y de deudas.

RIMINALDO.

ASTURIAS INDUSTRIAL

"El Aguila Negra"

OVIEDO

Hace aproximadamente unos cinco años, algunos industriales emprendedores de Oviedo concibieron la buena idea de establecer una gran fábrica de cervezas montada según los procedimientos empleados en Alemania, la tierra clásica de esa higiénica y agradable bebida, y á este fin se fundó en 29 de Marzo de 1900, una Sociedad Anónima denominada Fábrica de Cervezas *El Aguila Negra*, con un capital social de un millón de pesetas.

La fábrica fué edificada en el pueblo de Collo, á 5 kilómetros de Oviedo, y dispone de una instalación verdaderamente moderna y perfeccionada. Este establecimiento modelo, con su maltería, su sala de fermentación, su fábrica de hielos, sus bodegas, almacenes y salas de expedición ofrece un conjunto verdaderamente grandioso que sólo puede compararse al que presentan los similares de Alemania, Francia y Bélgica.

La maquinaria procede de las mejores casas constructoras de los países antes citados, habiendo sido adoptado el sistema de fabricación alemán, modificado con el de Jacquemin. Todas las operaciones se efectúan mecánicamente, desde la extracción de los tapones que quedan en el fondo de los toneles hasta el marcar en las botellas la fecha en que han sido llenadas. Para ello se dispone de una fuerza motriz de 160 HP. vapor, siendo el personal compuesto de unos 60 operarios.

La producción de la fábrica es de 17 á 20.000

hectólitros anuales, y en ella se fabrican las cuatro clases de cerveza *El Aguila Negra*:

1. El *Bock popular*, clase corriente;
2. La *Clase Blonde*, estilo Pilsen;
3. La *Clase Brune*, estilo Munich;
4. El *Bock Extra*, cerveza de exportación.

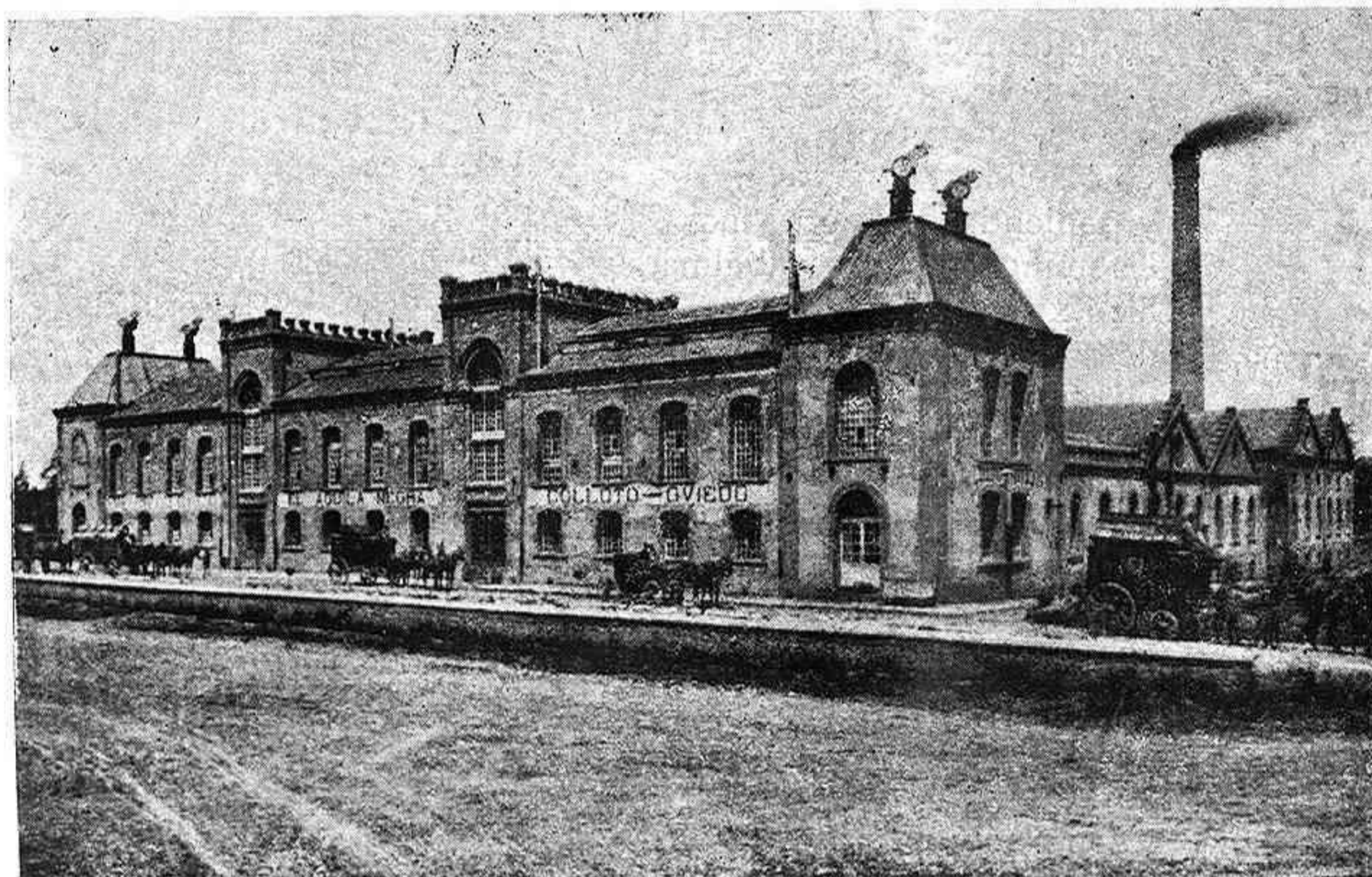
Todas estas cervezas se recomiendan por su sabor agradable y por las propiedades tónicas que le comunican el lúpulo superior y la malta de excelente calidad que entran en su fabricación. No contienen alcohol ni antisépticos, siendo, por lo tanto, absolutamente higiénicas.

La venta se efectúa en barriles ó en botellas y la casa dispone de tres coches furgones y dos camiones para el reparto á domicilio y el servicio de las estaciones de los ferrocarriles.

Además del valor intrínscico de esta cerveza, merece especial mención su exquisita presentación que tiene lugar en botellas de forma apropiada y con vistosas etiquetas de color en las cuales figura la indicación de la clase de cerveza y la marca registrada de la casa, *El Aguila Negra*. La casa ha adquirido también el uso exclusivo y la patente de una invención extranjera para el cierre hermético de las botellas. Este tapón especial denominado *tapón corona*, impide el contacto del aire y salta con suma facilidad por medio de una llave que el *Aguila Negra* regala, sin dejar resí-

duos de corcho ni sabor agrio producido por materias extrañas. Esta es la única fábrica de cerveza en España que emplea este sistema de cierre para sus botellas.

Los productos de esta fábrica, que han obtenido un éxito inmenso desde la fecha, de su presentación al público, se consumen hoy día, no solamente en Asturias, sino en todas las provincias de España. La casa tiene depósitos en León,



San Sebastián, Bilbao, Burgos, Lugo, Orense, Pontevedra, Logroño, Sevilla, Málaga, Almería, Granada, Madrid, Córdoba, Alicante, Linares, Murcia, Valencia, Barcelona y Valladolid. En esta última población ha sido instalado, en la Plaza Mayor, un hermoso kiosco para la venta de la cerveza *El Aguila Negra*, que es el punto de reunión de la buena sociedad vallisoletana.

La Sociedad Anónima *El Aguila Negra*, cuyas cervezas son tan apreciadas en España, debe su éxito no sólo á la pureza y buena elaboración de sus productos, sino también á su excelente organización industrial y mercantil. Su Consejo de Administración se halla constituido actualmente en la siguiente forma:

Presidente:

Excmo. Sr. Marqués de Canillejas, Diputado á Cortes.

Vocales:

D. Policarpo Herrero.
D. Elías Masaveu.
D. Jerónimo Ibrán.
D. José La Roza.
D. A. González del Valle.
D. Arturo López.
D. Jerónimo de Alvaré.

Secretario del Consejo y Administrador,

D. Joaquín Saurín Carles.

Estos nombres son una garantía más que suficiente para el buen éxito de esta empresa, que ha sabido dotar á la región asturiana de una nueva industria que la favorece extraordinariamente, librándola de la tutela extranjera para la adquisición de esta excelente bebida que ha adquirido en España carta de naturaleza.

EL GALLU DE LA QUINTANA

Lema: PIN EL GAITERU

Poesía de tema regional premiada en los Fuegos florales de Zaragoza

Mientras sal llimpiu y parleru
el chorrú de la fontana
y cimbla faciendo visos
com'un gordonín de plata
entrando nel fondu escuru
de l'allumante ferrada;
mientras qu'en yerba y guixarros
y en'os felechos, el agua
pon mil perles nes qu'el sol
de lluces escarabaya,
y el regatu de la fonte,
llenu de colores, baxa
á'smuciese entre los xuncos
d'un llerón de la quintana,
Rosina fai pucherinos
mirando al suelu callada
y diz Perico á Rosina
con so melguera palabra:
—¿Qué i socede á la mió neña,
á la mió neña del alma,
que tien llágrimes abondes
en sos güeyinos de xana,
y selemente sospira
como'l vientiquín del alba,
cuando solmena les rames
del castañeu de mió casa?
¿Quién i fexo á mió Rosina
dañu tal y ofensa tanta,
qu'en sos papinos bermeyos
s'esnidien gotines d'agua
que tan pruyendo á los llabios,

entre los qu'escluca l'alma,
por acercase á bebeles
anqu'el bebeles matara?
¿Por qué baxa la cabeza
y co' la cabeza baxa,
fai pucherinos llambiones
que son de so pena gala
y'en solamente per ellos,
en per ellos solos, mialma,
anque non fora otra cosa
tién'encantu so desgracia?
¿Qué te fixeron, mió vida?
¿Qué te fixeron, rapaza?—
Y ella, entón cenes, xugando
co les cintes de la saya,
y poniendo en'os güeyinos
les munches penes del alma,
diz-i ximiendo á Perico
de so tristeza la causa,
qu'otra non ye que los celos
qu'espatuxándo-i con rabia
en'es fondures del pechu,
pechu qu'a Perico guarda,
quita-i el sueño de noche
y pel día l'atristaya.
Dimpués que sabe Perico
la'nfermedá de so amada,
con afeutu y con tenrura
xura-i amor y costancia,
y son tan amorosines
les palabres qu'él i fala,

y con acentu tan blandu
Perico les acompaña,
que faciendo-i rebelguinos
muy adientro á la rapaza,
non puede desemulalos
anque de facelo trata,
y al allegrón qu'ansí siente
subiéndu-i fasta la cara,
busca nella'scapatoria
y pe los güeyos s'escapa.

Mesmamente qu'a Rosina
socede-i á la ferrada
qu'al descudiar de la moza,
enllena con sobra d'agua,
non paez si non que de gustu
la degorria s'esbabaya,
pos como si'l chorrú fora
de Perico la falancia,
y fora l'agua cimera
el rostru de la rapaza,
fai argollines de risa
que van del cercu á la banda,
y alluegu, en muchos filinos,
sobre los fierros resbaria
pa dar predutu al regatu
que enllenu de pintes baxa
á'smucise entre los xuncos
d'un llerón de la quintana.

II

Atapeció. Nes altures

la lluna fende de guapa
como si fora del cielo
una xigante furaca
pe la qu'el Señor unviase
la lluz de so ciudá santa.
Lluz floxa y amorosina
que nel llugar ó esfarrapa
faciendo mil cullebrines
en'es arrugues de l'agua,
pintando montes y sebes,
y de pendexos de plata
semulando les rendixes
que nel árbol fai la rama.

.....
Per un emprunau senderu
retorcíu, que s'arreb'lga
sobr'un montiquín verdosu
que tien enriba una casa
blanca com'una palomba,
y como la ñeve blanca,
Perico tría que tría
pensando na so rapaza
á quien va ver fachendosu
con so cigarru y so tranca
que fai temblar el sendero
en'el sendero al posala.
Canta el sapu entre les sebes,
canta muy lloñe la rana,
y fai lo propio'l cuquiellu;
cantu qu'el ecu sonsaña.
Por eso al llegar Perico
al mesmu pié de la casa
que de sos dulces amores
la xoya querida guarda
con voz puxante de truenu
ansi d'isti modu canta:
*La Virxen de Covadonga
ye pequenina y galana,
unque baxara del cielo
el pintor que la pintara.*
Abrese entós una puerta
pe la que Perico pasa

á la'spaciota cocina
qu'alluma un candil de lata.
Nella de mozos, un corru
en conversacion s'afaya
qu'al ver entrar á Perico
como per ensalmu calla
porque na custión d'amores
el mozu de que se trata,
ye'entre tós los del conceyu
el gallu de la quintana.
Cierra Rosina la puerta,
baxa un poquiñín la cara,
y'acércase á so Perico
que co los güeyos la llama.
—Ya'stroy aquí, güena moza,
pa que sepías sin tardanza
que yo te quiero á tí sola
por más que la xente fala
qu'hay pa isti cuerpu otresmoces
de más veyura y más gracia;
l'antinción ya la conozco
y'al personal que la guarda.—
Dimpués d'isti requiloriu
que diz Perico en voz alta,
los mozos rasquen l'oreya,
y non gurguten palabra.
Ensolamente más tarde
la despedía s'entama
y van los mozos saliendo
unu per unu de casa,
fasta deja'l campu llibre
al gallu de la quintana.
Y alluegu los dos rapazos
muy xuntos fala que fala,
pierden la cuenta del tiempu
qu'en sos tenrecos s'escapa.
—Fasta mañana, Perico.
—Rosina, fasta mañana.
—Non m'olvides
—Non t'olvido.
—Adios, galán.
—Adios, dama,

—¡Si sopiés lo que te quiero!
—¡Si tú lo sopiés, rapaza!
—¡Ay, Periquín de mió vida!
—¡Ay, mió Rosina del alma!
Y terminaes les dos hores
d'esta melguera falancia,
cierra Rosina la puerta
y solu Perico baxa
por el emprunau senderu
dando voleu á la tranca
sin cuidase d'un tropiezu
que lu detenga na marcha;
pero que tien un tropiezu
bien preparau ¡ye bobada!
porque apostaos los seis mozos
que del cortexu'spantara,
con cibielles en'es manes
y con refundiu nel alma,
nel castañeu, á Perico
dan-i l'¡alto! cuando pasa,
al mesmu tiempu que tiren
de les cibielles con rabia,
pa'smorcillar la mollera
del gallu de la quintana;
pero isti con gran remangu
l'acometía rechaza
con dos otres berganazos
d'empuxe y asegurancia:
van dos magüetos al suelu
queda utru d'ellos sin tranca,
y fay á los tres restantes
fuxir de tan bona gana
que se'smucien de la vista
en menos qu'un gallo canta.
Ye un decir: lo que Perico
al velos correr cantaba:
«La Virxen de Covadonga
ye piquinina y galana;
como ye la mió Rosina,
la mió pitusa del alma.

ALFREDO ALONSO

LA SIDRA

RL trabajo nació con el primer hombre,
y la sidra también. ¿No lo sabíais? ¡Yo
tampoco! pero en unos papeles vie-
jos y polvorientos, olvidados en el archivo de un
asturiano ilustre, encontré casualmente la leyenda
que voy á referiros, y que tengo por historia
de las más verídicas.

Según la tradición popular, el inventor del vi-
no fué Noé; lo habréis oído muchas veces, pero
no habréis oído nunca que la sidra es mucho más

antigua, y que la inventó nada menos que nuestro
padre Adán; así como suena.

Dios prohibió al primer hombre que comiese el
fruto del árbol consabido, y cuando lo probó en
compañía de su apreciable esposa, ambos fueron
arrojados del Paraíso y condenados, entre otras
penas, al trabajo.

Adán, acostumbrado á la deliciosa holganza
que ya nunca más había de disfrutar, paseaba ta-
citurno y melancólico al lado de su fiel compañe-

ra, cuando vió en el campo, entre otros árboles un manzano frondosísimo, cuyas ramas inclinábanse al peso del sazonado y oloroso fruto.

—¿Qué te pasa?—le preguntó Eva.

—¿No ves?



Subida y paisaje al Puerto Pajares

—¿Qué?

—Ese árbol maldito.

—¡Qué hermoso está! ¡Qué manzanas tan seductoras! Son de *raneta*.

—Pero mujer, ¿aún serías capaz de comerlas después de lo que nos ha sucedido por haberlas probado?

—Qué quieres que te diga, esposo mío; ese fruto tiene para mí un atractivo irresistible. ¡Déjame comer una manzanita siquiera, nada más que una!

Adán, al oír esto, se puso más iracundo todavía, y hacercándose al árbol, origen de sus horrendas desdichas, lo sacudió con todo el vigor de sus brazos de tal manera, que sembró el suelo de manzanas. Rodando estas por el terreno

que estaba inclinado hacia un hoyo, fueron á dar á éste, llenándose casi por completo, y entonces nuestro padre común cogió cuantas piedras encontró á mano, prefiriendo las mayores, y las arrojó con toda su fuerza sobre el fruto, machacándolo y deshaciéndolo con el furor de la más enconada venganza. Satisfecha ésta, Adán obligó á Eva á que le siguiere y alejaronse ambos de aquellos parajes, él dirigiendo una mirada de odio al manzano, ya sin fruto; y ella volviendo la cabeza á hurtadillas para contemplarlo con lástima.

Pocos días después, siguiendo siempre aquella marcha continua á que los condenaba la necesidad de buscar sustento, volvieron á pasar por aquel sitio, y rendidos por la fatiga, sentáronse á descansar á la sombra de la arboleda.

No habían encontrado agua en todo el día, y devoraba la sed á los esposos.

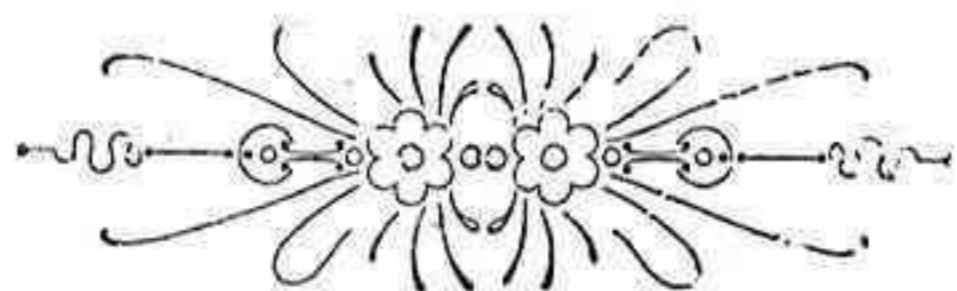
De pronto Eva reconoció el sitio en que se hallaban, y al mirar al hoyo donde Adán había machacado las manzanas, vió que en un pocito formado por pedruscos había un líquido claro y transparente que convidaba á beber. Levantóse, fué ansiosa, se puso de bruces y bebió: era el zumo del fruto machacado tan cruelmente, fermentado por la fuerza del sol y convertido en una bebida refrescante y sabrosa; era en fin, *la primera sidra*.

—Ven, Adán mío—gritó Eva después de satisfacer su sed devoradora;—ven á beber esto, que es preferible al agua.

Levantóse Adán y bebió con el ansia loca del sediento.

Excuso decirnos la borrachera que cogieron nuestros primeros padres..... ¡fenomenal!

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.



MIS RECUERDOS

LBA yo á la escuela cuando los periódicos de Oviedo comenzaron á publicar artículos de *Pepe García*.

Eran artículos escritos con gran soltura, salpicados de finísima sal, de chistes nada comunes, y en los cuales, como suele decirse, «se sacaba punta» al asunto más vulgar y menos interesante.

La firma acreditóse y el público buscaba con avidez las *Cosas de Pravia*, el *En broma y en serio* y todos los trabajos literarios que llevasen al pié el seudónimo del ingenioso praviano, que después de ser el número uno en el colegio de Terrero y en el Instituto, conquistaba laureles en la Universidad.

Yo, aficionado desde la infancia á las bellas letras, llevaba siempre en el cartapacio, entre las *Fábulas de Samaniego* y la *Aritmética de García Andrés*, cosas de *Pepe*, y aprovechando los descuidos del maestro, — el pobre Picaza, que en la gloria esté, — las leía á mis camaradas.

De repente solía interrumpir la lectura una explosión de risa y la vara de avellano ponía en dispersión al auditorio.

Faltaron una temporada en la prensa los artículos de *Pepe García*, que estaba en Madrid dando los primeros pasos en el Foro, guiado por el esclarecido Pedregal.

Entonces me atreví yo á lanzarle desde «El Carbayón» un *¿Quousque tándem?*

—«¿Qué le ocurre á *Pepe García*?—¿Por qué calla tanto?»—¿Le «ha atacado la *holgazanitis cortesana*?»

Y el chispeante escritor no se hizo esperar; á los pocos días de publicarse mi *¿Quousque?*, contestó con una *Carta abierta*, ingeniosísima, en la cual se pintaba con los más vivos colores el amor de Bances á su provincia, al mismo tiempo que con sátira cáustica se ridiculizaban modas y costumbres de aquella gente *del gran mundo* que el escritor acababa de ver de cerca.

Después continuaron las crónicas *De los Madriles*, habiéndome, pues, cabido á mi la

suerte de haber despertado aquella lozana pluma que tan magistralmente nos pintó un cuadro asturiano en *El Velorio*, y que con tanta valentía defendió intereses provinciales en *El Carbón y la Pesca*.

En Madrid se dió Bances á conocer muy pronto.

Allí adquirió muchas y buenas amistades y fué paño de lágrimas de cuantos com-provincianos se veían en la corte azotados por el infortunio.

El recababa la reposición del cesante; él recomendaba al enfermo en el Hospital; él buscaba colocación al recién llegado; él abría una suscripción para costear el viaje al que, achacoso y sin recursos, necesitaba regresar á la provincia....

Pedregal quería á Juan entrañablemente y lo presentó á los prohombres del partido republicano, los cuales, apreciándole en lo que realmente valía, le cobraron gran afecto.

Con ellos—con Salmerón, Azcárate, Labra, Isabal—recorrió en viaje de propaganda la provincia, y los ancianos apóstoles de las doctrinas democráticas pudieron cerciorarse de las simpatías que el jóven praviano tenía en Oviedo, Gijón, Avilés, Grado, Muros, Cudillero, etc.

Por eso un día, cuando *Roque* y yo lanzamos la idea de hacer Diputado por Pravia al doctor D. Juan Bances y Menéndez Conde, los primates de la Coalición acordaron allá en Madrid presentarle por este distrito.

Modesto en grado sumo, no quería Bances meterse en tales trotes, pero contra viento y marea, tuvo que aceptar el sacrificio.

Vino al distrito sin la menor esperanza de triunfar, porque luchaba con el candidato oficial á quien apoyaban además los principales fanegueros de la región.

No obstante esto, obtuvo una votación lucidísima, dándose el caso de que personas pertenecientes á todos los colores políticos le apoyasen.

Y es que Juan Bances, de corazón bondadosísimo, servicial hasta la exageración, dispuesto siempre al bien, incapaz de hacer mal á nadie, tenía amigos en los más opuestos campos.

El Obispo de Tuy, por ejemplo, que no creo tenga nada de republicano, le profesó siempre entrañable afecto.

Por cierto que nada hacía tanta gracia al sabio Prelado como las cartas en latín que Juan le escribía desde Madrid.

Cuéntase que cuando el ilustre hijo de Luiña estaba de malos pelos, que como todo mortal solía estarlo alguna vez, la servidumbre de Palacio pedía á Dios que hiciese llegar pronto á manos de *su ilustrísima* una carta de D. Juan.

Pasadas las elecciones volvió Bances á Madrid y continuó trabajando en el bufete de D. Manuel, y recabando la reposición de los asturianos cesantes, y buscando colocación á los que llegaban de Asturias, y recomendando en el Hospital á los enfermos de la *tierruca*, y haciendo suscripciones para costear el viaje á los que, achacosos y sin recursos, necesitaban regresar á la provincia...

A la muerte de su maestro Pedregal, abrió bufete.

Los negocios llovieron desde el primer momento. Uno de los más importantes que tuvo al empezar, fué el ruidoso pleito del pueblo de Santianes con el Ayuntamiento de Pravia.

Bances representaba al pueblo y era defensor del Ayuntamiento el exministro señor Suárez Inclán

El Tribunal Supremo falló á favor del pueblo.

A pesar del mucho trabajo que siempre tenía en Madrid, venía á la provincia un par de veces al año, cuando menos.

Pasaba las temporadas en Pravia consagrado al cariño de la familia, y hacía rápidas excursiones por la provincia.

Seguramente que allá en la Habana, entre el torbellino de los negocios, se acordará de aquellas meriendas en *El Gabriel* con el inolvidable *Clarín*, con Catarineu, con *Roque*, con Fresno y otra porción de amigos.

¡Y apuesto á que tampoco olvida aquellas excursiones que en el *convencional* de Joso hacíamos á Cudillero!

Comíamos en San Esteban la famosa *sopa de Regina*, íbamos á tomar el café con *Roque* y nos caíamos por la tarde en la Arena para desocuparle á *Charito* un vaso de dulce.

Las gentes de la Arena le llamaban *don Juanín*.

Aquellas sencillas mujeres y aquellos rudos marinos le querían como á un padre.

Recuerdo que hace meses, cuando se celebró la romería de San Telmo, unas señoras de Madrid se entusiasmaban viendo la fantástica procesión que subía por la ría, y una vieja de la *calle de la Leche* que acurrucada en el Espartal chupaba un grueso pitillo, alzó la cabeza y dijo: — «*Miñinas, esta romiría foi imprentada por un señor muy bono ya muy gracioso que llaman D. Juanín Bances... Ahora dicen que ta en la Bana haciendo billetis del bancu.... ¡Non me extraña miga, que ye muy listo!*»

Otras muchas cosas *imprentaría* por aquí Juan Bances si á su anciano tío no se le hubiese ocurrido llevarlo para hacerle Gerente de su importante casa bancaria de la Habana.

Esta determinación del venerable anciano, nos hizo perder á *Pepe García*.

En cambio ha hecho que nuestros provincianos de allá encontrasen un Presidente modelo para su Centro.

Hombre de claro talento, de cultura esmerada, de grandes alientos é iniciativas, de espíritu organizador, hará que el complicado mecanismo de aquella casa que tiene tantos miles de socios, marche como un reloj.

Alguien teme que Bances, halagado allá por las gentes, mimado por la fortuna, se llegue á olvidar de Asturias.

¡Quiá! Juan Bances jamás puede olvidar á Pravia, á la iglesia del Valle, donde tantas veces oró en compañía de su madre idolatrada, al cementerio donde están sus muertos, donde reposan los autores de sus días, á los que quería con delirio...

Yo tengo esperanza de abrazarle otra

vez aquí sin que transcurran muchos años.

Entonces repetiremos las excursiones á Cudillero. Comida en San Esteban, café con *Roque* y por la tarde á la Arena, donde nos dará *Charito* tres ó cuatro platos de dulce.

Pero ya no nos llevará el *convencional* de Joso.

Iremos en el propio coche de Juan Bancas, arrastrado por briosos caballos que traerá de Andalucía.

EDMUNDO



A. ESTRADA

COPOS

Si todavía te queda
de lástima un sentimiento,
ténme lástima, mujer,
por lo que yo estoy sufriendo;
por lo que yo estoy sufriendo
con tus crueles desengaños,
aún más negros que el olvido
y más amargos que el llanto.

Por que á una mujer mató
le llamaron asesino
y á la cárcel le llevaron
y se murió en un presidio;
y se murió en un presidio.....
y á tí, mujer que me matas
ni te llevan á la cárcel
ni aún asesino te llaman.

Llevo colgado del pecho,
de tu amor el relicario,
consuelo de mis desdichas,
de mis penas y quebrantos....
De mis penas y quebrantos.....
y cada vez que lo miro
juzgo la vida imposible
sin tu adorable cariño.

Entréme á ver si dormía
cuando estuvo tan enferma
y su madre, que velaba,
me dijo que estaba muerta....
Me dijo que estaba muerta
y yo la dije: ¡Mentira!...
¡No puede ser que haya muerto,
pues aún estoy yo con vida!....

Mujer de mis ilusiones,
¿sabes lo que estoy pensando?
Que por tus gracias benditas
la vida penando paso....
La vida penando paso,
y no ha de haber más consuelo
para mis penas crueles
que un rincón del cementerio.

JIMÉN DE UCEDO.

BODAS

Han contraído matrimonio:
En Caravia (Colunga), el conocido Corredor de Comercio y concejal del Ayuntamiento de Gijón, D. Minervino Menéndez, con la bella señorita Josefina Manjón.

En Figueras (Castropol), el rico comerciante de la Habana, D. Sebastián García con la agraciada señorita Benita García López.

En Oviedo, el Sr. D. Pedro Mantilla, oficial del Gobierno civil, con la bella y distinguida señorita Asunción Pérez Ayala.

La ceremonia nupcial celebróse en el oratorio particular de la desposada.

Asistieron muy distinguidas personas, que fueron, después de la ceremonia, obsequiadas muy espléndidamente.

La prensa diaria, al dar cuenta de la boda, ha llenado varias columnas reseñando los valiosos regalos que recibieron los novios.

Estos, después de una excursión por las principales ciudades de España, fijarán en Oviedo su residencia.

Hacemos votos por su felicidad.

En la capilla de San Pedro del Valle (Candamo), D. Alvaro Gómez, conocido fabricante de chocolates, de Oviedo, con la señorita Dolores López.

En la parroquial de Sama de Langreo, D. Manuel Alvarez, capitán de la marina mercante, con la señorita Cesárea Blanco.

En Vada (Liébana), D. Santiago Dobarganes y la señorita Gregoria Casares, á quienes apadrinaron el conocido comerciante de Potes, D. Juan Torres y doña Paula Dobarganes.

En Pravia, nuestro querido amigo D. Rafael Fernández Río, con la angelical señorita Teresina Alvarez Prada, perteneciente á una de las más distinguidas familias de aquella villa.

El nuevo matrimonio salió para París y otras ciudades del extranjero.

Cuando regresen fijarán en Pravia su residencia.
Que el cielo les conceda muchas alegrías.

NECROLOGÍA

Han fallecido:

En Cudillero, la señora doña María Granda, viuda de Menéndez Benavente.

Numerosas y distinguidas personas de todos los pueblos de la región asistieron á los funerales y acompañaron el cadáver al cementerio.

Enviamos la expresión de nuestro sentimiento á toda la familia de la finada, especialmente á su hijo nuestro amigo D. Manuel.

En Muros, la madre política de nuestro querido colaborador artístico D. Francisco Martín.

El vecindario de Muros acompañó á la última morada los restos de la fenecida señora.

El duelo fué presidido por D. Juan del Lago, hijo de la finada, que desde Madrid, había venido apresuradamente á recoger el último suspiro de su amantísima madre.

En Pravia, D. Mamerto Galán, persona que por las bellas cualidades de su carácter, gozaba de simpatías generales.

Había desempeñado en diferentes ocasiones cargos concejiles.

En Porrúa (Llanes), el anciano y venerable párroco Fray Alvito, de la Orden de San Benito, único fraile que quedaba de los exclaustros de Celorio.

Era persona de mucha cultura y en extremo bondadosa.

En Grado, doña Josefa González Menéndez, viuda de Rodríguez.

Era muy querida de sus convecinos y fué su entierro una solemne manifestación de duelo, presidido por D. Gerardo Estrada y D. Ernesto y don Gerardo P. Longoria, nietos de la finada.

En Merón (Boal), D. Juan Celaya, persona muy apreciada en aquella comarca.

En Tama (Liébana), Doña Emilia Verdeja, esposa de D. Eleuterio Polantinos.

En Tineo, el conocido comerciante D. Celedonio Menéndez Rodríguez, persona muy apreciada en aquella villa y pueblos de la comarca.

En Trubía, la bella y virtuosa señorita Felicidad, hija de D. José María López, persona que goza allí de generales simpatías.

En Infiesto, doña Aquilina Pineda Peláez, esposa de D. José María Rodríguez.

A su entierro asistió numeroso gentío.

Presidieron el duelo el párroco Sr. Menéndez Inclán, D. Zoilo Valdés y D. Evaristo San Miguel.

En Madrid, la distinguida esposa del ilustre avilesino, el exministro de Gracia y Justicia señor Marqués de Teverga.

El entierro de la bondadosa señora, á quien centenares de pobres lloran hoy amargamente, ha sido una imponente manifestación de duelo.

El celoso Diputado por Avilés ha recibido muchas demostraciones de simpatía en los angustiosos momentos que siguieron á la defunción de su amantísima compañera.

Enviamos á nuestro ilustre paisano la sincera expresión de nuestra pena.

En Alicante, á donde había marchado buscando alivio á una grave enfermedad, D. Jesús Martín, hermano de nuestro amigo y colaborador don José Martín Fernández, á quien acompañamos en el sentimiento.

En Cangas de Tineo, el niño Dionisio Rodríguez Cepeda, hijo del digno Juez de primera Instancia, D. Marcial Rodríguez.

En Oviedo, el distinguido alumno de la Universidad, D. Eduardo Serrano Suárez, hijo del catedrático de aquella Escuela, Sr. Serrano y Branat.

Era el finado un joven bondadoso en grado sumo, de clara inteligencia, y profesaba verdadero amor al estudio. En el Instituto obtuvo siempre las más brillantes calificaciones y numerosos premios y seguía con igual aprovechamiento los estudios universitarios.

De envidiables aptitudes literarias, era á pesar de sus pocos años, un periodista de cuerpo entero.

En *El Correo de Asturias* escribía con frecuencia cuentos, crónicas, etc., que merecían aplausos generales.

El seudónimo *Penayani*, con que firmaba sus trabajos, estaba ya haciéndose popular.

En los Juegos Florales, celebrados hace un año en Avilés, obtuvo un premio por su trabajo *Estudio biográfico-crítico del poeta asturiano Bances Candamo*.

Imploramos de nuestros lectores una oración por el alma del malogrado joven, y pedimos á Dios la recoja en su santo reino y conceda resignación á la atribulada familia.

De Santiago de Arriba (Luarca) fueron trasladados á Muros, los restos de D. Angel Alonso, virtuoso sacerdote que falleció hace años en aquella parroquia.

En la Iglesia parroquial de Muros se celebró en sufragio del alma del Sr. Alonso solemne funeral.

Reiteramos la expresión de nuestro sentimiento á toda la familia del finado, en la que se cuenta nuestro amigo D. Ramón Santos Alonso.

En prensa ya este número, llega á nuestra Redacción la noticia de un desgraciado accidente que puso término á la vida de D. Eugenio Galán, apreciado amigo nuestro.

Viajaba el Sr. Galán hacia Oviedo en el ferro-

carril Vasco-Asturiano, y al apearse en Pintoria, en el sitio donde por haber ocurrido un desprendimiento se hace trasbordo, se cayó á un barranco situado á corta distancia de la vía.

Recogido por algunos viajeros y trabajadores de la línea, fué colocado en un furgón del tren, donde falleció á los pocos minutos sin haber articulado una palabra.

El Sr. Galan había sido en diferentes ocasiones Alcalde y Juez municipal de Pravia.

En la vecina villa y en todos los pueblos de esta comarca tenía numerosas amistades.

Dios dé eterno descanso á nuestro infortunado amigo.

El conceda resignación á su distinguida familia.

Víctima de rápida dolencia falleció en Avilés nuestro buen amigo D. Manuel Castro y Pulido, condueño de la fábrica de conservas de aquella villa.

Enviamos nuestro más sentido pésame á la familia del finado, en particular á la afligida viuda y á sus hermanos D. Ricardo, D. Balbino, don Celestino y D. Alfredo.

Sobres casi regalados

Merced á un contrato que acabamos de celebrar con un importante establecimiento de Barcelona, podemos ofrecer á comerciantes, fondistas, etc. etc., magníficos sobres *impresos*, á precios inverosímiles.

Por setenta y cinco céntimos se remitirán á cualquier punto de España 100 sobres comerciales, cuadrados, de buen tamaño, timbrados con el nombre de la persona que ha de usarlos, del establecimiento que posea, etc.

Basta pedirlos á la Administración de LA ILUSTRACIÓN ASTURIANA, acompañando el importe y nota del timbrado que han de llevar los sobres.

EL BRILLANTE

El magnífico restaurant abierto hace un año en San Esteban de Pravia, está haciendo preparativos para la temporada de verano.

Al frente de la cocina continúa Pedro Franco, el famoso cocinero que sabe dar gusto al paladar más delicado.

Los que creían el año anterior que en EL BRILLANTE se daba de comer tan espléndidamente por acreditar la casa, verán ahora que, después de acreditada, se dá de comer mejor.

Y verán además que no altera el precio del cubierto. Por TRES PESETAS se sirve un almuerzo opíparo realmente: **cuatro platos suculentos y abundantes, postres variados, vino del marqués de Mudela...** ¡y hasta helado, cuando la temperatura lo requiera!

¿Que por qué se da tanto y tan bueno por tan poco dinero?

¡Por un capricho!

EL BRILLANTE fué fundado, más que por negocio, por patriotismo.

Cuántas personas iban á San Esteban por contemplar aquella región, que es una de las más bellas de la tierra marchaban de allí ponderando las excelencias del paisaje, pero lamentando al mismo tiempo que no hubiese dónde comer.

Y no faltó un hijo entusiasta de aquella hermosa comarca, que, impulsado por el más puro altruismo, quiso complacer á los centenares de forasteros que un día y otro formulaban protestas muy razonadas.

Y él fué quien improvisó un alegre y limpio comedor á orillas del Nalón rumoroso, allí donde la tranquila superficie del río simula un espejo inmenso.

Y fué él quien hizo ir á San Esteban, para encargarse de la cocina, al vallisoletano Perico, que es uno de los mejores cocineros que cruzaron el Pajares.

Y fué él quien en San Esteban reunió el *foi gras* de Roche; las *trufas*, de Perigord; el *faisan*, de Clement; el *cherkius*, de Denolet; la *mortadella*, de Fratelli; el *Borgoña*, de Buffet, de Dolnay y de Pommard; el *Burdeos*, de Paullac y Saint Bonnet; el *Rhin*, de Erbacher y de Steimberguer... ¡y hasta el *Mana*, de Sicilia, de la casa de Guiseppe Decco!

En una palabra, él fué quien, fundando EL BRILLANTE, dotó á San Esteban de lo único que aquel hermoso puerto necesitaba para ser el paraje más encantador de esta provincia, llamada con razón «Suiza española.»

Desde el primer día que EL BRILLANTE abrió sus puertas, la trompeta de la Fama proclamó su triunfo.

Quizá no haya una persona de buen gusto en Pravia, en Grado, en Trubia, en Oviedo que no hubiese comido alguna vez en el ya famoso restaurant y no se hubiese admirado de lo bien que en él dan de comer por TRES PESETAS.

EL BRILLANTE—¡quién había de sospecharlo!—ha producido una verdadera revolución, transformando las costumbres del pueblo asturiano.

El galán que hoy dobla la cabeza bajo el yugo dorado del matrimonio, no necesita ofrecer á la dama de sus ensueños una excursión á Madrid, ni á París ni á Venecia; porque hoy la niña que va á pronunciar el dulce sí ante el ara de Himineo, tan solo pide al que va á ser su marido que le prometa un viaje á San Esteban, un paseo por aquellos bosques de misteriosas umbrías que tapizan el promontorio del Espíritu Santo, una excursión por la ría en ligera barquilla, á la Huelga de los Tamarindos, á la Arena, al Forno... ¡y un almuerzo en EL BRILLANTE!

Y la mamá casamentera que se bebe los vientos buscando «buenas proporciones» para sus hijas, no necesita hacer un sacrificio para ir en el verano á Gijón, ni á San Sebastián; pues sabe que á San Esteban concurren todos los pollos distinguidos, y que en EL BRILLANTE se puede hallar cuando menos se piense «un buen partido...»

Y en fin, para concluir, suele acudir á EL BRILLANTE toda la gente elegante y que sabe «distinguir.»

